

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA

AMÉRICA POÉTICA

COLECCION ESCOJIDA DE COMPOSICIONES EN VERSO,

ESCRITAS POR AMERICANOS

EN EL PRESENTE SIGLO,

CON NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

CUADERNO TERCERO.

Á LOS SEÑORES SUSCRITORES.

IMPORTANTE.

Desde hoy los repartidores llevarán recibos impresos, que entregarán al que abone el cuaderno.

Cuando no lo abonen dejarán el cuaderno, pero no el recibo.

LA ÚNICA PRUEBA DEL PAGO ES EL RECIBO.

Llamamos la atencion de los señores suscritores sobre el aciso inserto en las páginas de este cuaderno.



Teodomiro Real y Prado,—Editor.

BUENOS AIRES

73¼ — IMPRENTA «BUENOS AIRES,» CALLE MORENO—73¼

1867

Cuaderno 3

Á LOS SEÑORES SUSCRITORES

Á LA

AMÉRICA POÉTICA

Mas de dos meses han transcurrido, desde que el segundo cuaderno de la *América* se repartiera á los señores suscritores, hasta que vé la luz pública el tercero.

Al pedir á nuestros constantes favorecedores, que dispensen este retardo que no hemos podido evitar, por provenir de causas ajenas á nuestra voluntad, debemos manifestarles cuáles han sido, para que en ningún caso se nos eche en cara, esa irregularidad en el reparto de la obra.

Al empezar la publicacion, contábamos, como consta de las cubiertas de los dos primeros cuadernos, con un número de suscritores que ascendía, á CUATROCIENTOS CUARENTA Y CINCO.

Despues de aparecer los dos primeros cuadernos, un número crecido de personas se han dignado suscribirse á nuestra publicacion, aumentando con SESENTA Y DOS nuevos suscritores, la ya numerosa lista de los que prestan su concurso á la realizacion de una idea que, sin cegarnos por una falsa modestia ó una vana jactancia, no dudamos un momento en asegurar, honra las letras y las artes de la América del Sud.

Pero en cambio de esto, hemos tenido que borrar de nuestras listas SETENTA Y CUATRO señores suscritores que, despues de haberse suscrito, y de haber recibido en su mayor parte sus cuadernos, habiéndolos pagado algunos y debiéndolos los más; han devuelto las entregas que ya habian recibido, despues que los repartidores han ido quince ó veinte veces á cobrarles á sus casas y que nosotros hemos tenido que ir otras tantas, para conseguir que nos pagáran lo que quisieran, ó nos devolviesen lo que tuviesen á bien, de lo que ya habian recibido.

No han faltado señores suscritores á quienes nosotros mismos hemos entregado el primer cuaderno de la *América* con el retrato de la Avellaneda que le correspondia, y que al llevarles el segundo los repartidores, no lo han pagado, devolviendo despues uno solo, ó los dos, en el peor estado de conservacion, llenos de manchas de grasa, tinta, etc., sin que por esto deba entenderse que ni aun el primer cuaderno estuviese pago.



4382C7
19 & 44

99-202 664



JULIO ARBOLEDA

(Neo-Granadino)

1817-1862.

PQ 7083

A63

1800Z

Vol. 3

¿Cuál encarecimiento habrá expresivo
De la vida misérrima que vivo ?
Siento en la mas secreta
Parte del corazon como escondida,
Honda, aguda saeta,
O que mano de bronce, dél asida,
Con sus tenaces garras me le aprieta ;
Duéleme el alma, duéleme la vida ;
Reposo no me dá lugar alguno,
El manjar aborrece el lábio ayuno,
Y, si á gustarle á veces me violento,
Cansada de sufrir ruego importuno,
Me es acibar y tósigo el sustento ;
En perenne vijilia
Consumo de la noche el jiro lento ;
Los cuidados y amor de mi familia,
De mis amigas el sabroso trato,
Aquella ántes dulcísima confianza,
La placentera danza,
Las femeninas galas y el ornato,
La variada belleza
De la naturaleza,
Y cuanto me halagaba y complacia,
Hoy en el dolor fiero
De no corresponderme quien yo quiero,
Todo en rostro me dá, todo me hastia.
Ni á consolarme parte
Es el divino Homero,
La excelsa poesia,
Ni las bellezas májicas del arte ;
Mi ingenio mismo entorpecido duerme,
Más, aunque á su primera



Lozania volviera,
Ni él pudiera en tal trance alivio serme.
¡Ay! en vano es insigne el nombre mio
Entre los claros nombres
Que celebra y pregona
En áurea trompa por do quier la Fama;
En vano con la délfica corona
Que circunda mis sienes, á los hombres,
De mi sexo honra y luz, envidia causo.
¡Ah! ¿qué me importa la apolínea rama,
Ni que me importa el animado aplauso
Que rinde toda Grecia
A su gran poetisa,
Si Faon me desprecia
Y los laureles que le ofrezco pisa?
¡Más me valiera ser hermosa y nécia,
Que hospedar alma grande y númen alto
En cuerpo de hermosura y gracias falto!

Oh dichosa rival, por tu hermosura.
Que en adorada red tienes cautivo
A mi Faon esquivo,
Safo su dulce lira te daría
Y su creciente gloria perdurable;
Sí, que no aplaca la congoja mia
Imaginar que en tanto
Que haya en el mundo amor y poesía,
Siglos sin fin despues que ya no se hable
La melodiosa lengua en que los canto,
Sonarán en idiomas mil diversos
Mis encendidos amorosos versos,
Y que la tierra atónita y confusa

Al Pindo me alzaré, décima Musa.
De la gloria el fulgor no me compensa,
Y no pudiera consolarme nada
De la desdicha inmensa
De no haber sido por Faon amada.
La misma compasión me es importuna;
Si penar era mi hado como peno,
¡Por qué, por qué piadosa la fortuna
No me dió muerte en el materno seno,
O mi tumba también no fué mi cuna!

¿Cuándo tu encono contra mí se aplaca,
Cítereas cruel? ¿Qué desacato
A tu deidad soberbia jamás hice?
¿Con qué tremendo crimen esta flaca
Mortal de tu rigor merecer pudo
Amor tan grande de mancebo ingrato?
¿Por qué, cuándo mi pecho
Cupido traspasó con dardo agudo,
No con el mismo dardo
Hirió el pecho del jóven por quien ardo?
Nunca mi lábio las debidas preces
Ni las ofrendas omitió mi mano
Que á tus aras consagra sacro rito....
Mas, ya que mis plegarias escarneces,
Y el castigo me das sin el delito,
Y en mi mal te recreas,
¡Maléfica deidad, maldita seas!
Bien se declara en mi tormento grave
Que tu bárbaro pecho amar no sabe;
Que, sinó, mi dolor te condoliera:
A tí, insensible Diosas,

A ti, que madre le eres.
Jamás cautivó Amor á la manera
Que cautiva y acosa
A nosotras las débiles mujeres,
Atenta solo, oh celestial ramera,
A tus carnales gustos y placeres.
No de tus negros cíclopes, Vulcano,
A la rápida mano
Y golpear redoblado aumentes prisa :
Deja ya, deja el ígneo Monjibelo ;
Tiempo es ya que mofa y risa
Te averguenzes de ser á todo el cielo ;
Y, pues miras que Jove,
En premio de forjarle el rayo ardiente,
Débil sufre y consiente
Que su hija infame, así el honor te robe,
Tiempo es que sin tardanza
Ejecutes tú mismo tu venganza ;
Tiempo es que, airado y justiciero esposo,
El universo asombres,
Dando de tu consorte horrenda pena
Al torpe adúlterar escandaloso
Con que te ofende y burla cada día,
Con Dioses ayuntándose y con hombres.
De cuyos hijos cielo y tierra llena,
En turba que sería
A cuenta reducir empeño vano ;
Y tú, oh Amor, de tan perversa madre
Hijo peor aún, fiero verdugo,
Antigua peste del linaje humano
Que airado el cielo sujetó á tu yugo,
De sus miserias todas primer fuente,

Y á quien tu mismo padre, horrendo Marte
De quien tiembla la tierra,
En lo sangriento y bárbaro y furente
No pudo aventajar, ni áun igualarte,
Siendo sombra la suya de tu guerra,
Sé maldito tambien ; siempre á tu oido
La música más dulce y dulce canto
Fué de odiados amantes el jemido
Y el sollozo y el llanto,
Y el mas grato espectáculo á tus ojos,
Y á tus feroces aras
Las víctimas más caras,
Los helados despojos
De aquellos que con fuerte
Mano armada de hierro ó de veneno
Puerta abren á su espíritu indignado,
O hallan temprano voluntaria muerte
Del ancho mar en el profundo seno.

A trance tal tu crueldad me lleva;
Pronto, víctima nueva,
Aumentaré tus triunfos, oh Cupido :
Que el sufrimiento á resistir no alcanza
Dolor tan desmedido,
Y es ya la muerte mi única esperanza;
A mi desesperada furia loca
Ya la peña fatal tienta y provoca
De amantes desamados visitada :
Pronto, pronto será que, de su altura
Con intrépido pié precipitada,
Halle en el Océano sepultura.
Y tú, Faon, cuando te diga alguno :

« Duerme en los negros senos de Neptuno
« La triste Safo, por tu amor suicida,»
Merézcate siquiera á la partida
Cortés piadoso llanto
La desgraciada que te quiso tanto.
No te lo vedará tu amante esposa,
Qué, si hora me odia viva,
Con Safo que en la tumba ya reposa
Ha de ser jenerosa y compasiva.

1860.

A ***

Para tu belleza rara
Vana es del tiempo la fuga ;
Que aún no con sus surcos ara
La fea enojosa ruga
Tu hermosa frente y tu cara.

De tu purpúrea mejilla
Aun el nativo carmin
Vence al mentido y humilla,
Y la reina del jardín
De verle se maravilla.

Aun no hay blancura tan rara,
Cuajada trémula leche,
Fino mármol, nieve clara,
Que la vista no deseche,
Si con tu albor la compara.

Aun tus grandes ojos pardos
Despiden por luces flechas
Que, más que de amor los dardos,
Al corazón van derechas.
Y con que aquellos son tardos.

Aun no al oscuro cabello,
Por quien ya no se celebra
El de Berenice bello,
Se le arjenta un sola hebra.
Ni ningun odioso sello.

Que imprime el tiempo cruel,
Tu altiva beldad desdora;
Tu retrato áun cópias fiel,
Que no ha envejecido un hora
Des que lo animó el pincel.

Dice la *envidia* que diez
Lustros cuentas, si no más ;
Y verdad será tal vez ;
¡ Más, si tan jóven estás !
Y al mundo pongo por juez ;

¿ Qué vale, di, en casos tales
Nacer ántes ó despues ?
Inciertos son tus natales :
Lo cierto tu beldad es,
Y tus gracias sin rivales.

Calle pues, y de ofender
Te cese la *envidia* osada,
Que es la edad de la mujer
La que dice á la mirada
Su faz y su parecer.

ADICION
A LOS
DATOS BIOGRÁFICOS
DE
CLEMENTE ALTHAUS.

Aunque muy á pesar nuestro, nos vemos obligados á censurar aquí un acto del señor ALTHAUS, que no queremos calificar, por la misma razon de que está al alcance de todos la calificación que le es más própia.

Posteriormente á la publicacion del segundo cuaderno de la *América*, ha llegado á nuestras manos un tomo en 4.º de VIII 472 pájinas, impreso en Manila en 1845, por don Miguel Sanchez, y titulado *Pot-pourri literario*.

Esta obra, que es un verdadero *pot-pourri*, se compone de *el Sistema musical de la lengua castellana*; de una *Memoria sobre la Ideografía*, en francés; de otra *Memoria sobre la empolladura artificial en Egipto*, en inglés; de las tragedias *Aristodemò y Nicea*; de una *Coleccion de poesías líricas*, y otra de *Despachos* dirigidos al gobierno español; el autor de estas diversas producciones segun resulta de la dedicatoria de ellas, que vá al frente del volúmen, es don Sinibaldo de Mas.

En la pájina 73 de las poesías líricas que forman parte de estos variados trabajos literarios, comienza un *Canto*,

del cuál ha *tomado* el señor ALTHAUS un sin número de versos, dándolos como parto de su imaginacion, con algunas levés modificaciones; éstas, en cuanto á la forma, en lo que respecta á los pensamientos, las imájenes, los jiros, y *hasta* las palabras de la citada composicion del señor Mas, han sido *copiados*, cási siempre al pié de la letra por el señor ALTHAUS, en su composicion titulada *Safo á Faon*.

Como una prueba de lo que decimos, insertamos á continuacion un fragmento del canto del señor Mas que basta comparar con otro de la composicion *Safo á Faon* del señor ALTHAUS que hallarán nuestros lectores en la página 128, líneas 16 á 32 de esta obra, lo que nos evita tenerlo que reproducir aquí.

Escusamos entrar en mas apreciaciones, sobre esto: lean nuestros lectores y juzguen, ya que motivos de delicadeza que esperamos sabrán apreciar, nos obligan á guardar silencio y abstenernos de decir una sola palabra mas.

FRAGMENTO DE UN CANTO DEL SEÑOR MAS (1).

Tántalo sufre el atroz mar irio
De la sed; el del fuego Salmonéo
Por cruda pena de su atroz delirio;
Jime el triste Ixion con sierpes fieras
A la rápida rueda encadenado;
Y Sisifo tambien desventurado
Con dolor sube la angustiosa peña
Que apénas toca el ápice encumbrado
Al abismo de nuevo se despeña.
Mucho á mi, empero, sin cesar me admira
Que por castigo alguna vez los cielos
No impusieron en su ira
El hórrido suplicio de los celos.

(1) De la página 85, del *Pot-pourri literario*. Manila 1845.

ALEJANDRO ARANGO.

El señor D. ALEJANDRO ARANGO nació en Méjico, capital de la República de este nombre. Hijo de una distinguida y honorable familia mejicana, ha figurado en las luchas políticas que, desgraciadamente han ensangrentado su patria con demasiada frecuencia. Perteneció al partido conservador, habiendo sido nombrado en 1863, secretario de la *Asamblea de notables* que se reunió en Méjico en ese año y llamó al poder al ex-emperador Maximiliano.

En 1851 se celebró en el teatro nacional de Méjico una solemne función teatral, en apoteosis del inmortal dramático mejicano Manuel Eduardo Gorostiza; concluida la representación se leyeron varias excelentes composiciones poéticas, alusivas al acto celebrado y escritas por los señores Esteva, Rey, Villaseñor, Gonzalez Bocanegra, ARANGO y otros. Posteriormente se reunieron todas y se publicaron en un cuaderno con el título de: *Corona poética de Gorostiza*.

Esto es lo único que hemos podido saber sobre este disguido poeta mejicano, no habiéndonos sido posible tampoco conseguir más composiciones suyas que la bellísima

que publicamos titulada *Una ilusion*. Esperamos sin embargo recibir dentro de poco, no solamente estensos datos sobre su vida y trabajos literarios, si no ademas la coleccion completa de sus poesías, de las cuales publicaremos las mas escojidas en el *Apéndice de la América Poética*.

— —

Una composicion tenemos á la vista, titulada *Pobre niña desgraciada*, orijinal de un jóven venezolano Enrique Alvarez: pensamientos é imájenes bellisimas encontramos en ella, pero el señor Alvarez hace uso en esa poesia, la primera que escribió, de los metros mas dificiles y variados, la falta de práctica le hace caer por tanto, en incorrecciones que afean notablemente su produccion. Otras várias poseemos de un jóven Ecuatoriano, educado en Chile, José Maria de Alvear, que adolecen del mismo defecto que la ya citada de Alvarez, causa por la cuál no las publicamos; á pesar de esto, aconsejamos á estos dos jóvenes no dejen de cultivar la poesia, para lo cual demuestran poseer muy escelentes dotes.

Sabemos tambien que un señor José Ignacio Anievas, mejicano, que ha figurado en las filas del partido conservador de su patria, ocupando la sub-secretaría del ministerio de la gobernacion y otros vários empleos, en diversas épocas, ha escrito muy notables composiciones que, sentimos no poseer, para poder apreciarlas debidamente y hacerlas conocer á nuestros lectores.

— —

UNA ILUSION.

¡ Cielos ! ¿ do estoy ? . . . ¿ do mi ajitada mente
En alas de mi loca fantasía
Me arrebató ? . . . ¿ Los cánticos sublimes,
Que en humo envueltos y en incienso suben
Hasta el trono de Dios, el dulce coro
De las modestas vírgenes mas puras
Que el aura matinal, romper no pueden
Mi ferviente ilusion, mi desvario ?

¿ Qué ví, ciego mortal, que en el santuario
Del mismo Dios, su majestad augusta,
Presa de las mundanas ilusiones,
Vine á insultar ? . . . ¡ ah ! ¿ No la visteis bella
Mas que los serafines que le adoran,
Del santuario las bovedas sombrías
Veloz atravesar ? . . . ¡ Qué ! no la visteis
Bajo el velo de luto que la cubre,
Alzar los negros párpados, y al cielo
Tierna elevar los ojos lagrimosos ?
Lloras, lloras . . . ¿ Por qué por qué; marchita

Se vé tu faz que un tiempo sonreia
De dulce amor al divinal impulso? . . .

Tambien ¡ ay ! me llorabas en un tiempo,
Un tiempo que pasó cual humo leve
Para no volver mas . . . pero era llanto
De un tiernísimo amor correspondido:
El bañaba mi seno, como baña
El blanco lirio plácido el rocío:
Yo besaba tu frente nacarada,
Tú el hermoso cabello descojias
Que en negros rizos por la blanca espalda
Aromas esparciendo descendía.

.....
Creíme mas feliz que cuantos séres
Pueblan la tierra y la mansión celeste
¡ Ah ! ¿ Porqué entónces la sañuda parca
Mi vida no segó, cuando la copa
Del mas puro placer bebí en tus brazos,
Sin sospechar que con su clara linfa
La mas amarga hiel iba mezclada?

Tronó la tempestad tras la risueña
Aurora de mi amor: ardiente rayo
Hiriónos á los dos; y cuando quise
Contemplarte otra vez, unir mis labios
A tus labios ¡ oh Dios ! misero y solo
Atónito me ví. Mil y mil veces
Ingrata te llamé, regué la estancia
Con mis ardientes lágrimas, y el eco
De una campana lúgubre y lejano,
Que de un mortal el fin triste anunciaba,
Respondió á mi clamor. Era tu padre,

Tu padre, en cuyos brazos remecida
Viste la luz primera, cuyas canas
Venerables besastes tantas veces,
Quien nuestro amor bendijo, y cariñoso
Unirnos para siempre prometiera
En lazo conyugal. Lloro . . . sí, llora;
Que yo también regué su yerto polvo
Con mis ardientes lágrimas; la tumba
Que para siempre le robó, á la altura
Do moran los espíritus celestes,
La frente orlada de inmortal corona
Le elevó, y desde allí tierno nos mira

¿Y será eterno el lloro? ¿Ya en el mundo
No encuentras quien mitigue tu quebranto,
Quien enjague tus lágrimas, y torne
La dulce calma al angustiado pecho?
No: ¿quesi al cielo en sus arcanos plugo
Arrebatarle de la indigna tierra,
En tu horfandad y desgraciadamente
Un amigo te dió, que tus pesares
Sintiera al par de tí, que tu inocencia
Miserá y desvalida protejiera,
Y que su propia vida diera ufano
Por calmar tu dolor; mas ¿dó me arrastra
Mi ferviente pasión? cuando al Eterno
Resuelta estás á consagrar tus días,
Y tu hermosura á hundir en triste claustro,
¿Todavía insensato, alucinado
Alimento falaces esperanzas?
¡Falaces! no: nací para tí sola:
Tú para mí también; el mismo cielo

Para amar nos formó, y en vano, en vano
Romper quisieras del amor los lazos.

Mas pasas ¡ay! y ni la vista vuelves
Hacia mí; ingrata, el duro sacrificio
A consumir vas ya? Tente . . . ¿Que dices? . . .
Virgen mas pura que el azul del cielo,
¿Qué crimen espiarás en ese claustro? . . .
Si es crimen el amar, mas que ninguno
Yo criminal seré . . . Pero me engaño:
Si: que es santo el amor, es grato, es puro
Cual la oracion en boca del infante
Al despertar risueño con la aurora,
¿Fué paterno mandato? . . . ¿Tal haria
Cuando él mismo atizó la ardiente hoguera
Que mi ajitado pecho consumia?

No: mas si esquivas mi pasion, ingrata,
Si el consuelo me niegas que hora imploro,
Si nos separan invencibles muros,
Moriré . . . moriré, y acaso un dia
Mi amor al recordar, y mis pesares,
De mi sepulcro solitario y yerto
Con tierno llanto regarás la losa.

MERCEDES ARAUZ.

Los únicos datos que poseemos de esta jóven é inspirada poetisa, son que ha nacido en la isla de Cuba, y que la *cancion* que de ella publicamos, tomándola de *La Moda Elegante*, periódico que se publica en Cádiz, fué escrita á la temprana edad de quince años.

— —

LA HERENCIA DEL PIRATA

(CANCION.)

A la luz de la pálida luna
En un barco pirata nací:
Fué «abordaje» la voz que en la cuna
De escuchar á mi padre aprendí.

Aunque niño los crudos horrores
Del combate, me hacia contemplar;
¡Cuántas veces me dijo: «no llores,
Los piratas no deben llorar ! »

Ya tres lustros contaba y un día
De «abordaje» á la horrisona voz,
Vi á mi padre que en lenta agonía
Entregaba su espíritu á Dios.

«Sé pirata, me dijo, hijo mio,
Mi venganza te lego valor!
Que en el hombre es el libre albedrío
La ventura que juzgo mayor.

Sé pirata, que estrecho es el mundo
Para aquel que alimenta ambicion:
Vé, que el mar anchuroso y profundo
Hoy te ofrece su vasta estension.

—

Yo besando su pálida frente
Ya cubierta del frio mortal,
De vengarle presté el juramento
Juramento terrible, fatal.

.....
Cuando silva horrorosa tormenta,
Cuando el trueno retumba en la mar,
Mi fiereza indomable se aumenta
Y con Dios me atreviera á luchar.

—

JULIO ARBOLEDA.

Cuándo desaparezca del ánimo la densa atmósfera, que en su país forma hoy el hálito apasionado de los partidos políticos en guerra mortal, JULIO ARBOLEDA será justamente reivindicado por su patria, como una de las glorias más preclaras de la Nueva Granada; que no podrá menos de colocar su memoria entre las de los patricios más eminentes, por sus virtudes, su ilustración y su patriotismo. — JOSÉ SEGUNDO FLOREZ. — *El Eco Hispano-Americano*, de 7 de febreros de 1863.

Pocos serán aquellos de nuestros lectores que no hallan visto citado repetidas veces, el nombre de este malogrado vate Neo-granadino, en las distintas versiones que según sus diversas opiniones políticas, han dado los diarios así americanos como europeos, de los acontecimientos políticos ocurridos en la República de Nueva-Granada, desde el año de 1840 al de 1863.

Antes de entrar á referir los principales hechos de la vida ajitada y dramática de ARBOLEDA; la participación directa que ha tenido en los sucesos políticos que se han desarrollado desde 1840, en el antiguo virreinato de Nueva Granada, que después formó parte de la República de Colombia, llamada posteriormente República de la Nueva

Granada; dividiéndose mas tarde en Estados independientes con el título de Confederacion Granadina, y por último, adoptando en 1862, la denominacion de Estados Unidos de Colombia; ántes de entrar á relatar los incidentes mas notables de la vida de esta ilustre víctima, de las sangrientas contiendas civiles, de la desgraciada República Neo-granadina, en la apreciacion justiciera é imparcial de ellos, y de sus méritos y producciones literarias, es de todo punto indispensable que hagamos ciertas aclaraciones, necesarias por demas, para la debida inteligencia de los hechos que vamos á referir, sin que por otra parte, sintamos afecciones de ninguna especie, por ninguno de los partidos ú hombres, que con tanto encarnizamiento como ningun patriotismo, han venido disputándose la posesion del poder en esa desdichada república digna de mejor suerte.

La biografía de JULIO ARBOLEDA, no podrá ser jamás la relacion circunstanciada y más ó ménos estensa de la vida de un solo hombre; mezclado en las continuas guerras civiles que han devastado el territorio granadino; ocupando por su intelijencia, su nacimiento, y ciertas causas excepcionales, una de las posiciones mas notables en su patria; figurando en todos los acontecimientos que en ella han tenido lugar desde 1840 á esta parte; su historia es no solo la de un partido, que con él murió para quizá no volver á renacer, sinó la de una época, quizá la de una civilizacion, si tal puede llamarse al estado de anarquía y el desbordamiento moral é intelectual que, desgraciadamente venimos observando en su patria, hace ya años.

Elojiado por sus amigos políticos hasta la exajeracion, deprimido por sus enemigos, hasta decirse por alguno «que era mas despreciable que un vil asesino» seria suma-

mente difícil, sinó imposible, emitir un juicio razonado é imparcial sobre los actos de su vida pública ántes afirmaciones tan contradictorias; si no fuese porque la verdad, si bien momentáneamente puede quedar oscurecida por la mentira, torna á brillar con nueva fuerza, por la misma razon natural que prueba, que mientras mas fuerte es el sacudimiento que imprimen á las asociaciones políticas que hemos convenido en llamar naciones, el desbordamiento de las pasiones de los individuos que la componen, mas fuerte es la reaccion que sobreviene, cuando sobreponiéndose á ellas en nuestro corazon, el convencimiento íntimo de nuestros deberes, nuestra voluntad ejecuta lo que nuestra razon aconseja.

Las obras, folletos y periódicos (1), referentes á los asuntos granadinos que tenemos á la vista, presentan á cada paso las contradicciones mas palpables, así en la relacion de los deplorables acontecimientos que han tenido lugar desde la independencia en esa infeliz República, como en las apreciaciones que hacen de los personajes que mas figuran, ó han descollado en su historia política. Unos cantan los triunfos del partido conservador, las virtudes, el talento y el valor de ARBOLEDA, Ospina,

(1) Como objeto de curiosidad literaria; que juzgamos útil hacer conocer de nuestros lectores, y que no deja de tener interés para los aficionados al estudio de la Bibliografía, y de la historia de América, insertamos á continuacion del presente *ensayo crítico-biográfico*, una estensa lista de las obras, folletos, y colecciones de periódicos, así científicos, como literarios y políticos, publicados en diversas localidades que tratan de los asuntos de Nueva-Granada, y cuya mayor parte hemos tenido que revisar, para escribir la biografía de ARBOLEDA; ó de que tenemos noticia.

Esa lista demuestra al mismo tiempo mucho mas de lo que nosotros pudiéramos decir, acerca de las prolijas investigaciones que nos ha sido preciso llevar á cabo, para poder escribir con alguna copia de datos, y con pleno conocimiento de los hechos, la vida de este malogrado bardo neo-granadino.

etc., deprimiendo al mismo tiempo á López y Obando, Tomás Mosquera y Murillo. Otros entonando los mismos cánticos en loor de estos personajes, no encuentran palabras bastante fuertes con que deprimir á ARBOLEDA y al partido conservador, llegando en su delirio sanguinario hasta á esclamar: *«es preciso cortar los pescuezos no solo de los que estén con los conservadores, sinó tambien de los que no figuren por cualquier causa que sea, en las filas del partido radical.* (2)

Reseñas de movimientos de tropas, de batallas sangrientas y derrotas, que cada cual pinta á medida de su deseo; la apotéosis del asesinato, del robo, de la calumnia, de todos los crímenes; siempre que de su consumacion pueda resultar alguna utilidad, constituyen el alimento cotidiano de la mayor parte de aquella prensa, indigna de tan noble nombre. Únicamente en una cosa se hallan conformes esta, y los malamente llamados hombres políticos de la Nueva Granada; en que la guerra civil sea allí interminable, viniendo ella á constituir el estado normal de la República, si así puede llamarse tal situacion de anarquía, de violencia y de morbosa perturbacion: tan espantoso desquicio moral, intelectual y material.

No exajeramos, no, al aseverar lo que antecede; si el cuadro que bosquejamos de la Nueva Granada es sombrío, si destila sangre y crímenes por todos lados, cúlpe-se no á nuestra pluma, á la falta de virtudes y patriotismo de los que, debiendo dar dias de felicidad y de gloria á su patria, han preferido con sus desaciertos, ó en alas de sus ambiciones, cubrirla eternamente de luto y de baldon

(2) *Nuestra bandera*, periódico radical, que se publicaba en el Estado del Cauca, en Setiembre de 1859.

Ya hemos dicho ántes que la biografía de ARBOLEDA no es solo la de un hombre, que su vida estuvo tan íntimamente ligada á la historia de su patria, que es imposible referir la una sin mencionar la otra.

Mas como para verificar esto, seria preciso que en apoyo de nuestras palabras, insertáramos multitud de documentos que poseemos y acompañáramos con infinidad de notas este trabajo, lo que seria impropio y haria interminable esta publicacion, solo hemos querido, al hacer las digresiones que anteceden, presentar un débil bosquejo, de las situaciones violentas y la perturbacion moral en que la Nueva Granada se ha encontrado, desde que proclamó su independencia, como un breve corolario de los sucesos que, mas adelante verán nuestros lectores.

Pero basta de digresiones y entremos en materia

A orillas del rio Timbiquí, en un canton de la provincia de Barbacoas, en la que se llamó República de Colombia (3), nació JULIO ARBOLEDA, el dia 9 de Junio de 1817.

Sus padres don Rafael Arboleda y Perez y doña Matilde de Pombo y O'Donnell, eran oriundos de antiguas y esclarecidas familias, habiéndose distinguido siempre por sus virtudes y patriotismo, el cual fué causa de la prematura muerte del primero, á la temprana edad de 31 años.

Pero veamos antes de proseguir, lo que sobre esta decia el año de 1830, el hijo de este ilustre mártir de la libertad, en un estenso y bien meditado artículo que por

(3) *Ensayos biográficos y de crítica literaria, sobre los principales poetas y literatos hispano-americanos por D. José Maria Torres Caicedo, tomo II página 9.*

entonces publicó (4); el mejor escrito quizá en ese género, de los muchos que de su pluma han salido; donde campea una dicción pura, pensamientos trascendentales y elevados, y los principios de una sana política y del más acendrado patriotismo.

En ese artículo que, sentimos no poder reproducir íntegro, ántes de entrar en una serie de notabilísimas consideraciones políticas y sociales, haciéndose cargo de ciertas especies vertidas por los órganos del partido radical, con que pretendían empañar el brillo de su apellido, enumera ARBOLEDA los hechos mas remarcables de sus ascendientes, los servicios que habian prestado á su patria y refiere de la siguiente manera, la temprana muerte del autor de sus dias:

«Cuando la causa de nuestra independencia no estaba aún asegurada, el libertador Simon Bolivar exigió un «servicio importante de un ciudadano. Era este un jóven «que á la sazón estaba postrado por la fiebre; pero «su entusiasmo era superior á todo: llama, pues, á un «médico; represéntale la necesidad que tiene de ponerse «inmediatamente en camino. El médico le dice: «Puedo «hacer que la fiebre desaparezca y que Vd. cumpla su «deseo; pero despues sufrirá Vd. tormentos indecibles y «de su vida no puedo responder.»—«Estoy resignado, «contestó el enfermo; sirva yo *ahora*, y haga el Señor lo «demás.» El jóven tomó arsénico; cumplió su deber para «con la patria; sufrió tormentos horrendos, y murió á «consecuencia del fatal remedio, en la flor de su edad, en «tierra estraña y dejando dos huérfanos en el mundo. El

(4) En *El Misóforo*, periódico que redactó y se empezó á publicar en Bogotá, á mediados del año 1850.

«nombre de aquella víctima de la libertad era Rafael, su apellido ARBOLEDA. Yo soy uno de los dos huérfanos.»

Poseyendo conocimientos nada comunes, especialmente en las ciencias exactas, dotado por la naturaleza con sus más preciados dones, entre los que no era el que menos valía (segun un apreciable biógrafo de ARBOLEDA), «una sensibilidad esquisita y un corazón jeneroso,» dedicóse el padre de nuestro poeta á formar ántes, que el entendimiento el corazón de su hijo; tarea que facilitó sobremanera la docilidad de este, y en que le ayudó poderosamente su madre doña Matilde, inculcándole ambos los mejores sentimientos morales que, despues han guiado sus pasos en las azarosas circunstancias en que se ha hallado.

Once años habia cumplido ARBOLEDA, cuando en 1828, decidió su padre como lo efectuó, pasar á Inglaterra, con objeto de completar la educacion científica, si así podemos llamarla, de su hijo; una vez en Lóndres, y sin por eso dejar de hacerle continuar sus estudios en su Universidad, púsole bajo la direccion de un distinguido caballero irlandés, el cuál, hábilmente secundado por vários inteligentes profesores, contribuyó poderosamente á que se desarrollara la intelijencia del jóven alumno, con una rapidéz asombrosa.

No tenia todavía quince años, cuando figuraba ya su nombre entre los de los colaboradores del *The Mechanic's Magazine*, periódico científico y literario que se publicaba en Lóndres, en cuyas pájinas se encuentran várias producciones firmadas por él, que revelan una intelijencia precóz y bastante bien cultivada.

Pasó despues á Paris, y terminados que fueron sus estudios recorrió las principales poblaciones de Europa, de-

teniéndose especialmente en Italia, cuya historia y monumentos artísticos llamaban sobremanera su atención, y á cuyo estudio consagraba todo el tiempo de que podia disponer.

Ocupado en este agradable al par que instructivo jénero de vida, deslizábanse sus dias tranquilos y serenos, cuando aconteció el fallecimiento de su padre, primer golpe fatal que la inclemencia de su destino descargaba sobre su cabeza, como un débil preludio de la série de no interrumpidas desgracias que debian sucederse sin interrupcion y que, llenando de luto y de desolacion su alma, agostaron su corazon en la flor de su juventud, irritaron la irascibilidad de su carácter, y al exaltar sus vehementes pasiones, le tornaron de dulce y cariñoso que era, en implacablemente satírico y burlon, lo cual no puede ménos de reconocer, uno de sus mas apasionados apolojistas.

La muerte de su padre le obligó á regresar á su patria, con objeto de velar por los cuantiosos intereses de su familia, y una vez en ella, emprendió la composicion de un poema épico titulado *Gonzalo de Oyon*, cuya introduccion fué publicada en Lima en 1852 (5). Posteriormente ha sido revisada y corregida esta produccion por el autor, variándole octavas enteras, sin embargo, la publicacion que de ella hizo el Sr. Caicedo, en la parte literaria ilustrada de *El Correo de Ultramar* de 1857, y que reprodujo despues en sus *Ensayos biográficos*, no comprende las alteraciones hechas por ARBOLEDA, á la introduccion de su poema, siendo meramente una cópia de la que se publicára en Lima, segun lo declara el mismo señor Caicedo.

(5) En *El Intérprete*, periódico que se publicaba en Lima en 1852.

Al mismo tiempo que emprendia este trabajo (1837), publicaba en diversos periódicos neo-granadinos, algunas composiciones poéticas escritas durante su permanencia en Europa, y que, reimpresas en vários de los diarios de las otras repúblicas sud-americanas, valieron á ARBOLEDA no pocos aplausos, y fueron, por decirlo así, los cimientos de la reputacion literaria de su jóven autor.

Por la misma época, se dedicó con ahinco al estudio profundo de la lengua castellana, de la lejislacion española, y las modificaciones introducidas en ella por las leyes de la República, y desempeñó gratuitamente várias cátedras sobre distintas materias, en la Universidad del Cáuca.

Poco despues se encargó de la redaccion de *El Patriota*, y posteriormente de la de *El Independiente*, y redactando este último diario se hallaba, cuándo en 1839, se levantaron en armas las guerrillas, precursoras de la rebellion que debia asolar el territorio de la República hasta 1842.

ARBOLEDA que, desde el instante en que volvió á pisar las playas de su patria, se habia ligado por sus simpatías y sus convicciones al partido conservador; al ver temolar el sangriento estandarte de la guerra civil en manos de los oligarcas, y previendo las consecuencias desastrosas que la duracion de esta traería sobre su patria, anatematizó á los que la provocaban lanzándose al combate sin causa para ello, y excitó por todos los medios á su alcance al presidente de la República, que lo era entónces el doctor José J. de Marquez, á que procediera enérjica y activamente á sofocar el movimiento revolucionario.

Pero, antes de proceder á la relacion de los acontecimientos subsiguientes, debemos investigar las causas que los produjeron; veamos pues, cuales fueron las que motivaron esta rebelion, aunque esto nos obligue á hacer una breve digresion, necesaria por otra parte, para que nuestros lectores comprendan el *por qué*, de los acontecimientos que despues sobrevinieron y en que tanto figurára ARBOLEDA.

En 1832, por una de esas anomalias que no se comprende como pueden acontecer; á fuerza de amaños é intrigas logró el tristemente célebre general Obando ser llamado á ocupar la Vice-Presidencia de la República; quedó posteriormente, por falta del Presidente, encargado del Poder Ejecutivo, y una vez con el supremo poder (siquier fuera interino), todos sus esfuerzos se dedicaron á militarizar el pais; la Convencion hubo de comprender el abismo que se abría ante sus piés, y le retiró la facultad que el jefe supremo del Estado tenia, para conferir ascensos.

En las elecciones de 1835 se presentó Obando como competidor del doctor Marquez para la Vice-Presidencia de la República; en las de 1837 se presentó de nuevo compitiendo igualmente con el mismo, como candidato para ocupar la Presidencia.

Los hechos que ya hemos citado, y además otros antecedentes de su vida pública, hicieron que su candidatura fuera vergonzosamente derrotada, y en su despecho, creyéndose lo suficientemente fuerte, para imponer por la fuerza de las armas á la República, lo que por otros medios no habia logrado, se dedicó con la mayor asiduidad y sijilo, á preparar todo para hacer que estallara una revolucion, en que él no apareceria como complicado,

pero cuyo triunfo daría por resultado inmediato, su elevación al supremo poder.

Ya hemos dicho que á fines de 1839, se levantaron en las provincias del Sur, las guerrillas precursoras de la revolución radical, que debía asolar la República por tres años consecutivos.

En uno de los combates sostenidos con ellas por las tropas del Gobierno legal, fué hecho prisionero un célebre ladrón y asesino, llamado Erazo, confidente íntimo de Obando. Identificada su persona, fué entregado á los tribunales para que se le juzgase por los robos y asesinatos que había cometido; creyendo Erazo que se le juzgaba por la participación que podía haber tenido, en el asesinato del jeneral Antonio José de Sucre, declaró que este había sido asesinado por el coronel Apolinario Morillo, por mandato y de orden del jeneral Obando. Puesto Morillo inmediatamente en prisión, juzgado y condenado á muerte, confesó plenamente, y hasta el instante de subir al patíbulo declaró solemnemente, **HABER SIDO EL EJECUTOR DE LAS ÓRDENES DEL GENERAL OBANDO.**

Sentimos no haber podido revisar documentos auténticos que pudieran darnos mayor luz sobre esta cuestión histórica, así como que no hallan llegado á nuestras manos, las diversas *Memorias* que en 1843 publicára el jeneral Mosquera, acusando al jeneral Obando de haber ordenado el asesinato de Sucre. Pero en vista de la escasa autoridad que la sola afirmación de Morillo nos ofrece, y en prueba de nuestra imparcialidad, diremos: que así como juzgamos al jeneral Obando autor de otros crímenes, no ménos horribles que este, no creemos sin embargo sea él quien ordenara el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho.

Pudo haber tomado en él una parte mas ó menos activa, pero por su misma posicion política en aquella época (1830), no era á él á quien mas podria convenirle la muerte del jeneral Sucre. El único hombre á quien Sucre hacia en aquel entónces sombra, era otro jeneral casi tan bravo, tan militar y político aunque de menos prestigio (6); á este es pues á quien culparemos siempre de haber ordenado este crimen, miéntras no conozcamos otros datos que los que poseemos en el dia; sin por eso negar que pudo haber tenido participacion en esa sangrienta catástrofe el jeneral Obando, como la ha tenido indudablemente en otras no ménos horrendas.

En enero de 1840, viendo Obando descubierta su complicidad en el asesinato de Sucre, ó que al ménos, la causa incoada contra él por ella, seguia su curso; para eludir la responsabilidad que pudiera tocarle y las aclaraciones que serian inevitable consecuencia de su prision, partió hácia el Sud de la República, y allí se puso al frente de las fuerzas de la revolucion que desde el retiro de su gabinete habia formado, y que bien pronto llegaron á ascender á mas de 13,000 hombres.

La guerra civil tomó entónces un vuelo espantoso, principalmente por la falta de enerjía del presidente doctor Marquez, y por la sobra de benevolencia del jeneral don Pedro A. Herran, jefe de las fuerzas del Gobierno, que pudiendo haber destrozado con pérdidas relativamente in-

(6) Creemos escusado mencionar aqui el nombre del jeneral á quien aludimos; jamás hemos calumniado, nuestra sospecha podria *no ser* una realidad, y en ese caso, arrojaríamos un borron indeleble sobre la frente de un hombre que ya ha muerto y que ha legado á la América no pocas glorias, como militar, como político, y como literato, siendo uno de los americanos que con mas aprovechamiento, se han dedicado al cultivo de las Musas.

significantes á Obando, cuando recién se habia incorporado á las pequeñas partidas de guerrillas que entonces se hallaban en armas, en vez de hacerlo así, trató de arreglar la cuestion por medio de un avenimiento; dando con esto mas de un mes de término para que Obando formase, como lo consiguió, un numeroso ejército á vista y paciencia de las fuerzas del gobierno.

El 21 de febrero del mismo año, se celebró la llamada capitulacion de los «Arboles», cuyo no cumplimiento, acabó de poner en una situacion bien critica á las tropas del gobierno, que maniobraban en el Sud de la República.

En este estado se hallaban las cosas, cuando decidió ARBOLEDA partir á campaña; él podia poner un personero que fuera en su reemplazo pero rehusó hacerlo; por entonces solicitaba la mano de la que despues fué su esposa, Sofia Mosquera, ésta se opuso á su partida, pero todos los obstáculos fueron ineficaces para triunfar del entusiasmo del jóven poeta que, animoso como el que más, partió hácia el lugar do el peligro era mayor, puesto que la lucha era no solo con los hombres, si no tambien con la inclemencia del insalubre clima de la provincia de Pasto, donde las fiebres mas espantosas y tenazes, diezman anualmente hasta á los hijos de su feráz suelo.

Antes de su partida, dirigió ARBOLEDA á su amada una composicion poética, donde los sentimientos de honor, patria y amor, se encuentran debidamente caracterizados, en versos valientes, llenos de inspiración, como casi todos los que han salido de su pluma, pero desgraciadamente como casi todos incorrectos en demasía.

A vuelta de los defectos de que adolecia el carácter de nuestro vate, poseia cualidades verdaderamente reco-

mendables, una de ellas era un corazon valiente y que por nada se intimidaba; esta condicion tan necesaria á todo aquel que se dedique á la carrera militar, dió no poca popularidad á ARBOLEDA y le hizo ser muy distinguido por sus compañeros de armas.

Llegó el año de 1841, despues de un reñido combate las tropas del gobierno legal fueron derrotadas en la batalla de Garcia; acabada que fué la accion, crímenes horribles fueron ejecutados por las tropas de Obando, sobre los cuerpos ensangrentados de los infelices heridos de las fuerzas del gobierno que quedaron tendidos en el campo de batalla. Ni áun el sagrado de la muerte fué respetado por aquellas desenfrenadas hordas (7).

La ocupacion de Popayan por Obando que se verificó mas tarde, dió lugar á otra série de escenas del mismo jénero, habiéndose apoderado allí Obando de los fondos de las escuelas de niños; la Biblioteca fué destruida arrojándose sus libros á la calle, así como la imprenta de la Universidad; la clausura del monasterio de las Monjas Carmelitas fué violada, ultrajándose indignamente á las indefensas religiosas.

Tantos horrores debian tener un término y lo hallaron por fin en la batalla de Chanca, donde Obando fué completamente derrotado por las fuerzas del gobierno. Entónces, en vez de tratar de rehacer su destrozado ejército, libró su salvacion á la fuga, llegó sin detenerse un instante en el camino á Popayan, de allí partió hácia Pasto inmediatamente, y pareciéndole que le faltaba el tiempo

(7) Entre otros varios hechos citaremos la bárbara mutilacion que hicieron sufrir al coronel Pacheco, y al doctor Rebolledo, que cayeron allí batallando como buenos. Al jóven Paredes, que murió asesinado en el ejido de Popayan, le quemaron las pestañas, para cerciorarse de que habia muerto.

necesario para ponerse en salvo, y que se le seguia muy de cerca, engañó al valiente Sarria; que protejió su fuga con un valor digno de mejor causa, defendiendo su huida al frente de las guerrillas del Timbio que, si mal no recordamos, fueron las últimas fuerzas rebeldes que depusieron las armas.

En las principales acciones que se dieron durante esta larga y ruda campaña, que durára tres años, ARBOLEDA dió pruebas de valor y de talento, batiéndose tan bien como el mejor; y desempeñando á completa satisfaccion del jeneral en jefe del ejército, dos comisiones que de él recibió, con objeto de arreglar diversas cuestiones que se suscitaron con motivo de estos acontecimientos, entre los gobiernos neo-granadino y ecuatoriano.

Terminada la guerra, ARBOLEDA que habia figurado en casi toda ella, como segundo comandante del batallon *Múliz*, y desempeñado vários otros empleos, entre ellos, los de jefe de Estado Mayor, y secretario del jeneral Herran, y del jeneral Mosquera, hizo su renuncia del grado con que habian sido premiados sus servicios, logrando despues de algunas dificultades puestas por el gobierno, que le fuera espedida su licencia absoluta, y negándose á percibir los sueldos que se le debian, de los cuales no habia recibido ni un solo mes de paga miéntras duró la campaña; acto de desprendimiento que debemos hacer constar aquí.

Propuesto posteriormente por el ministro de la guerra, en la lista que el poder ejecutivo pasó al senado, de los ascensos que debian darse á los que mas se habian distinguido en esa lucha tenaz, se negó ARBOLEDA á volver al servicio y exijió, consiguiéndolo á pesar de las objeciones que se le hicieron, que su nombre fuera eliminado de

la lista, puesto que al servir á su patria *no habia hecho mas que cumplir con su deber*, nobles palabras y rara modestia, que dan una alta idea de la nobleza de su corazon y de su patriotismo.

Durante la lucha, sus propiedades que en su mayor parte se hallaban situadas en el territorio ocupado por los revolucionarios, habian sido completamente destrozadas por estos; ARBOLEDA no hizo sin embargo como pudo, ninguna reclamacion sobre ello al gobierno. Retiróse á ellas y trató con su contraccion y actividad, de volver á reponer su fortuna, de los rudos golpes que la revolucion le descargára.

Continuaba allí en sus ratos de ocio su poema *Gonzalo de Oyon*, cuando en 1844, la provincia de Buenaventura le eligió Diputado. Una vez que ocupó su puesto en la Cámara de Representantes, pidió fuera derogada la llamada *Ley de seguridad*, espedida con motivo de los sucesos de 1839 á 1842, y á cuya sombra, se cometieron desgraciadamente sobrados abusos por diversos gobernantes, sobre las propiedades y personas, no solo de los que tomaran parte en la vencida revuelta, sinó tambien de algunos que no se habian declarado, ni servido, á ninguno de los dos partidos que se disputaron el poder en ese período.

La voz del no ménos distinguido y malogrado poeta José Eusebio Caro, se unió á la de ARBOLEDA, para pedir enérgicamente la derogacion de esa ley que, más ó ménos disculpable como *ley de circunstancias*, era más que vergonzoso para el partido conservador el mantenerla, despues de dos años de deshecha la revolucion que la motivó.

Derogada la ley presentaron y sostuvieron ambos, un proyecto de amnistia para todos los delitos políticos come-

tidos durante los pasados sucesos, esceptuando de ella únicamente á los jefes de la revolucion.

El partido radical, agradecido á estos dos servicios que ARBOLEDA le prestára, en su anhelo por defender la justicia donde quiera que se hallase, decidió adoptarlo como candidato, para ejercer el cargo de *Designado* en las elecciones próximas (8).

El partido conservador admitió inmediatamente esta idea que satisfacía todas sus aspiraciones; pero ARBOLEDA, que no creia ser él entónces el hombre apropósito para ocupar dicho puesto, hizo cuanto estuvo á su alcance porque fuera elegido el jeneral José Hilario López, de quien era en aquella época intimo amigo.

Elegido el jeneral López *Designado*, en parte por los trabajos y recomendaciones de ARBOLEDA, continuó éste ocupando un asiento en la Cámara de Representantes hasta 1848, elegido unas veces por la provincia de Buenaventura, otras por la de Barbacoas. Entre los vários proyectos de ley presentados en todo ese tiempo por ARBOLEDA, á mas de los dos citados, mencionaremos los siguientes:

Ley aboliendo los derechos diferenciales, é igualando el pabellon extranjero al nacional.

Ley sobre caminos nacionales, adoptada por la Cámara de Representantes, y sostenida en nombre de ésta, por su

(8) Llámase *Designado* en la Nueva Granada, á un funcionario que en caso de inhabilidad ó falta, temporal ó absoluta, del Presidente y Vice-Presidente de la República, entra á ejercer el supremo poder con esa denominacion y todas las atribuciones del Presidente. Segun la Constitucion de 1858, los *Designados* eran tres, su eleccion debia ser hecha anualmente, y en defecto ó á falta del primero, debia el segundo ejercer el Poder, y así sucesivamente hasta el tercero, á falta del cual, el *Procurador general de la nacion* debia asumir el mando.

autor (ARBOLEDA) en el Senado, donde triunfó á pesar de la gran oposicion que se le hizo.

Proyecto de reforma de los aranceles de las aduanas.

Su informe referente al proyecto de ley arreglando el sistema monetario de la nacion, hizo que éste fuera aprobado, á pesar de la ruda oposicion que se le hizo, hasta por los miembros de la comision que debia informar sobre él.

Por último: el proyecto de ley aprobado por unanimidad por la Cámara de Representantes, estinguendo gradualmente el estancamiento del tabaco, cuyo usufructo gozaba el gobierno; y que por esa ley venia á quedar entregado á la industria particular en un término dado.

No hemos estado ni estaremos jamás conformes con esta última ley; el Estado perdió con ella los fuertes rendimientos que el estancamiento del tabaco le daba, sin que hasta ahora haya sido posible encontrar por los distintos partidos que desde entónces han gobernado en Nueva Granada, ningun medio para cubrir por nuevas contribuciones, ó de otra manera, el gran déficit en los ingresos que dejó en el presupuesto, la supresion del estancamiento del tabaco.

Desgraciadamente, es tan decidida la tendencia de todos en la Nueva Granada, ¡ hasta de los que presumen de lejisladores ! por realizar la descentralizacion de los poderes, y dar una *completa* libertad á la industria y al comercio que, hasta los hombres mas pensadores del partido conservador, han exajerado las ideas liberales á tal extremo, que han venido á producir sus leyes casi siempre un mal, cuando trataban de realizar un bien.

Una de las pruebas mas palpables de la exactitud de esta asercion, la encontrará cualquiera persona pensa-

dora, en la supresion del estancamiento del tabaco que ya hemos referido.

ARBOLEDA, es decir, el conservador mas conservador quizá de su partido, presentó el proyecto de ley que decretaba la abolicion del monopolio; los prohombres del partido conservador, que constituian las Cámaras de Senadores y Diputados en aquella legislatura, en vez de conservarlo decretaron su desestancamiento, contra la opinion de los pocos radicales que se sentaban en aquella época en las bancas legislativas, y que teniendo mas prevision ó patriotismo, fueron más conservadores entónces que los conservadores mismos, que sostuvieron, prohicieron y convirtieron en ley el proyecto de ARBOLEDA.

La inconcebible aberracion que éste cometiera, como se han cometido otras muchas en la Nueva-Granada, por el prurito de aparecer *liberales*, produjo á la nacion los siguientes resultados: la industria particular tuvo una nueva libertad, y á partir de ese dia un ancho campo que explotar en provecho propio; la calidad del tabaco desmereció, hasta ser en el dia uno de los mas inferiores; los gobiernos que se han sucedido posteriormente en el poder ó sea la nacion, perdieron mas de dos millones de pesos fuertes de ingresos que el tabaco producía anualmente, libre de todo gravámen; la deuda pública se ha aumentado desde entónces, en mas de cuarenta millones de pesos fuertes, en gran parte por la falta de los dos millones anuales que el tabaco producía al gobierno, y cuya cantidad casi íntegra, estaba dedicada al pago de los intereses y á la amortizacion gradual de la deuda misma.

Algunos de nuestros lectores, juzgarán ajenas á la ín-

dole de esta obra, las observaciones que acerca de esta poco meditada ley, hemos emitido ; al presentarlas, hemos querido dar únicamente, una nueva prueba de nuestra imparcialidad, y de que al elogiar ó censurar los actos de ARBOLEDA, no guía nuestra pluma ningún interés mezquino ; para nosotros es un placer el poder elogiar, siempre que los hechos sean dignos de alabanza ; tal hemos hecho en el curso de nuestra vida, hasta con enemigos personales nuestros ; en cambio, desaprobamos siempre, con calma é imparcialidad, las ideas ó actos dignos de reprobacion, vengan de donde vinieren, sin tomar para nada en cuenta, los resultados que puedan sobrevenirnos por nuestras apreciaciones, ni si al hacerlas lastimamos la susceptibilidad de nuestros amigos.

Durante la administracion del general Mosquera (1844 á 1849), ARBOLEDA fué llamado á ocupar los mas distinguidos empleos. Sucesivamente rehusó encargarse de una mision diplomática en Europa, de la cartera de Relaciones Exteriores, y por último : de la de Hacienda, porque, segun sus propias palabras « creia que cada uno « debe llenar su mision en la tierra ; que nada hay mas « honroso para un hombre que servir bien á su patria, « nada mas degradante que servirla mal ; y en la edad « que entónces tenia, no se hallaba con las fuerzas necesarias para desempeñar dignamente las árduas funciones de que querian encargarle » (9).

Mas no por eso, dejó de prestar sus servicios en lo que creia poder ser útil á su patria. Además de ocupar durante cinco años, como ya hemos dicho, un puesto en la Cámara de Representantes del Congreso nacional, fué distin-

(9) Artículo de *El Misóforo*, ya citado.

tas veces en esa época consejero municipal, jefe político y diputado provincial.

Al mismo tiempo, en los momentos que sus tareas lejislativas le dejaban libre, velaba por sus cuantiosos intereses y por la educacion de sus hijos, y redactaba *El Payanés*, diario en que segun el señor Caicedo, se encuentran vários trabajos literarios de sumo interés, entre ellos, una série de artículos consagrados al *Análisis de la Constitucion de 1843*; y publicaba diversas composiciones poéticas en que, como en las tituladas *Te quiero* y *Me ausento*, se encuentran las mismas bellezas y los mismos defectos que en las demás de su autor.

El año de 1844, ocupó la presidencia de la República el jeneral Tomás Cipriano de Mosquera; uno de los primeros talentos que ha tenido la Nueva Granada, y cuya conducta gubernativa en esa época, hasta el 1^o de abril de 1849 en que terminaba segun la Constitucion su mando, no puede por ménos de merecer los mayores elogios.

Poco ántes de abandonar el poder, el 1^o de enero de 1849, sin calcular las consecuencias que algun dia podria traer á la República ese acto, espidió el jeneral Mosquera un decreto, por el cuál se abrian las puertas de la República al jeneral Obando, amnistiando plenamente al mismo tiempo, á todos los que por distintas causas, permanecian emigrados fuera del territorio de la República.

Los resultados no se hicieron esperar mucho, despues de esta impolitica resolucion; el dia 7 de Marzo del mismo año, y cuando la Cámara de Representantes, reunida para elejir la persona que debia suceder al jeneral Mosquera en el poder, se ocupaba en la discusion tranquila de los candidatos que se presentaban con más ó ménos probabilidades de triunfo, una turba desenfrenada, arma-

da de pistolas y puñales, atropelló el santuario de la ley, y amedrentó de tal modo á la gran mayoría de los Diputados conservadores, que bajo la presión del miedo prefirieron estos, en su mayor parte, salvar la vida á un trueque de deshonorarse, y nombraron al jeneral José Hilario López, Presidente de la República.

Inútiles fueron los esfuerzos que en ese aciago día, hicieron vários Diputados conservadores, porque no se realizara una elección bastardeada, desde que no tenían la libertad necesaria para emitir con independencia sus opiniones; los señores Ospina, Neira, Pombo, Gutierrez, Quijano, Valderrama, Pardo, Murgueitio, Vargas, Agáez, Garcia y Motta, lucharon en valde contra el egoísmo y la cobardía de sus copartidarios y el atrevido golpe de mano de los radicales. La elección del jeneral López fué sancionada, y desde entónces quedó la República á merced del partido radical.

Aun no había pasado un año de su advenimiento al poder, cuando ya empezaron á verse claramente las tendencias oligárjicas del nuevo Presidente de la República que, elevado á tan distinguido puesto, merced al atrevido golpe de mano de los radicales, que ya hemos referido, desertó de las filas del partido conservador, como después desertára también el jeneral Mosquera; pero no anticipemos los hechos.

Uno de los primeros pasos dados por el partido radical al poco tiempo de la elevación del jeneral López á la presidencia de la República, fué el establecimiento de distintos centros de reunión, que denominaron *Clubs democráticos*, y que compuestos en su mayor parte de algunos jóvenes ilusos, y de multitud de individuos pertenecientes á las clases mas ínfimas de la sociedad, de escasa espe-

riencia y conocimientos, á quienes embaucaban con la repeticion de esa cansada fraseología, que se compone de las palabras patria, libertad, tiranía, derechos, y otras no ménos retumbantes, que en la boca de ciertas *entidades*. . . políticas, pierden su verdadero significado, se lanzaron bien pronto á cometer todo jénero de atropellos, en las personas é intereses de todos aquellos que, no profesaban sus exajeradas y absurdas teorías.

La prensa oficial, no solo apoyaba con todas sus fuerzas las tendencias disociadoras del partido radical, sinó que puesta á la cabeza de esa cruzada contra toda idea de moderantismo, de órden y de justicia, llegó hasta á dar el escándalo de publicar en sus columnas, recomendándolos calorosamente, los tan conocidos *Estudios sobre algunas cuestiones sociales* de Mr. Victor Considerant, que publicó la *Gaceta Oficial* de Bogotá en marzo de 1851, y algunas otras producciones del mismo jaez; periódico radical hubo entónces que con la mayor seriedad sostuvo la desatinada afirmacion de Proudhon, «la propiedad es un robo»; otros abogaban por el establecimiento del *sistema comunista*, y por último, queriendo algunos ir aún mas allá, en la senda en que los otros se lanzaran, no faltaron quienes pidieran del modo mas formal que: «SE ABOLIESE TODO SISTEMA DE GOBIERNO, puesto que habiendo nacido libre el hombre, era la mayor de las iniquidades, la más atroz de las tiranías, pretender obligarle á que obedeciese un gobierno, cuando la naturaleza, esa sábia maestra nos enseña, que los ciudadanos no deben tener puestas mas trabas á su soberana voluntad, que las que les dicte su conciencia.»

La prédica constante, diaria, de los hombres mas conspicuos del partido radical, á cuyo frente se hallaba el co-

nocido doctor don Manuel Murillo, la exajeracion de las ideas estemporáneas, ridículas y anti-sociales, que sostuvieran por la prensa y en los *Clubs*, produjo como era de esperarse, los mas funestos efectos, en masas tan faltas de ilustracion, y predisuestas por sus hábitos y las luchas que anteriormente habian ensangrentado al pais, á lanzarse en la via de los hechos mas punibles, y por los pretextos mas fútiles.

Miéntas esto acontecia, ARBOLEDA retirado en sus posesiones del Sud de la República, seguia atendiendo al adelanto de ellas, al cuidado de su familia y la educacion de sus hijos; y continuaba en la soledad de su retiro, su poema *Gonzalo de Oyon*, que al concluirse el año de 1850 contaba ya veinte y dos cantos completamente listos para darse á la prensa.

A fines de ese mismo año, sus negocios se hallaban en un brillante estado; la cosecha de la quina habia sido tan abundante en sus campos desde 1848, que podia calcularse triple su producto de lo que en igual periodo habian producido jamás, pero desgraciadamente, los acontecimientos políticos iban tomando cada dia un carácter mas sério, las pasiones se exacerbaban cada vez mas, por todas partes veíanse brotar las semillas de la anarquía, y ánte el terrible espectáculo de una guerra civil próxima, de una guerra á muerte, sin tregua ni cuartel; ánte este triste porvenir que se presentaba á la consideracion de los hombres pensadores, ARBOLEDA, que apesar de sus muchas ocupaciones literarias, y su dedicacion á los negocios mercantiles, habia ido siguiendo paso á paso, el rápido vuelo que tomaban por do quier las ideas disolventes del partido radical, no pudo contenerse mas, y comenzó la publicacion de su periódico *El Misóforo*, en que con

un lenguaje tan apasionado y violento como el de sus contrarios, rechazaba los rudos ataques que estos infrinjían al partido conservador, y al mismo tiempo que procuraba por todos los medios á su alcance dar nueva vida y organizacion á ese partido, sacándole del marasmo en que se hallaba sumido, puesto del lado de las ideas de orden y progreso, combatía el comunismo que el partido radical proclamaba, y cuyo triunfo indudablemente causará, más ó ménos pronto, la completa destruccion de la sociedad neo-granadina; si antes no sobreviene una reaccion que la salve del abismo á do la conducen, las pasiones brutales, las ambiciones indignas y el mezquino interés personal, de que se muestran poseidos sus hombres públicos.

Poco ántes de empezar la publicacion de su periódico, tuvieron lugar vários hechos que vamos á referir, por lo que demuestran el carácter de ARBOLEDA. Un diario de Bogotá, escudado tras la valla impenetrable que la *absoluta* libertad de imprenta le ofrecía, para insultar y difamar á su antojo; calumnió groseramente á ARBOLEDA, achacándole una de esas acciones, que deshonran eternamente al hombre que las comete: ARBOLEDA hizo publicar con ese motivo durante tres meses, un aviso en todos, ó casi todos los diarios de la República, desafiando al que oculto bajo el velo del anónimo tratara de infamarle y á todos y cada uno de sus conciudadanos, á que por la prensa, por los tribunales, ó de cualquiera otra manera; se le probase que había cometido una sola accion indigna en el curso de su vida, y ofreciendo la cantidad de quinientos pesos fuertes, al que hiciera tal cosa. No solo calló entónces el calumniador, si no que para hacer resaltar más aún la honradez de ARBOLEDA, no pocos enemi-

gos políticos suyos, le manifestaron con ese motivo en multitud de cartas que le dirijieron, el desprecio que la calumnia de que había sido victima les merecía, y tributaban en ellas los más calorosos elogios á sus nobles cualidades, y al estremado amor á la justicia de que tantas pruebas había dado, desde que empezara á figurar en la escena política.

Posteriormente, el consejo municipal de Popayan, ordenó al personero público entablara una demanda contra ARBOLEDA, por haberse negado á componer á sus expensas, una calle de dicha ciudad. Entablada por el personero la demanda, previendo ARBOLEDA que el pleito iba á ser de larga duracion, y deseando salir cuánto ántes de él, ocurriósele una idea sumamente ingeniosa; al dia siguiente de recibir los *autos* con el *traslado*, presentó al juez un largo escrito en versos endecasílabos aconsonantados, en que refiriéndose á las leyes vijentes sobre policía urbana y usando con oportunidad de los términos forenses, demostraba de un modo claro é incontestable la justicia que le asistía, y ponía en ridículo al personero y la municipalidad de Popayan. Admitido por el juez el *alegato* de ARBOLEDA la sentencia le fué favorable, y una vez concluido el pleito, todos celebraron la chistosa ocurrencia de nuestro poeta, y se apresuraron á sacar cópia de su produccion, no faltando quienes llegaran hasta á aprenderla de memoria.

Hallándose en ese mismo año, á unas once leguas de la ciudad de Cali, vários amigos políticos suyos residentes en ella, le escribieron participándole la triste situacion en que se hallaban, el desenfreno de los *Clubs democráticos* (radicales) de aquella poblacion, y los fundados temores que tenian de que estos, armados como esta-

ban por el gobierno, y con absoluta libertad para hacer lo que se les antojase, les hiciesen sufrir toda clase de vejaciones; pidiéndole finalmente que partiese inmediatamente para Cali, tomando antes sus precauciones para no ser asesinado en el camino, y tratara por todos los medios á su alcance de dulcificar algo, la critica situacion en que se encontraban. Conforme recibiera ARBOLEDA estas noticias, púsose en marcha, acompañado únicamente de su querido amigo don Manuel M. Luna; una vez en Cali, habiéndole advertido el Jefe Político de aquel punto el estremo peligro que corria de que le asesinaran, le contestó ARBOLEDA con la mayor entereza: Permitame »V. decirle, que me admira mucho que sabiendo un magistrado que se va á cometer un crimen, aconseje la fuga »á la víctima, en vez de prender á los que traman el asesinato. No huiremos, no; porque ó la autoridad protege »el delito, ó nolo protege: si lo primero, sus consejos »pueden ser insidiosos; si lo segundo, en ninguna parte podremos estar más seguros que al lado de ella.»

Dos dias despues, trataron vários personajes del partido conservador, y entre ellos ARBOLEDA, de formar una sociedad que, compuesta de la parte sana de la poblacion, pudiese un dia contrarestar las tendencias disociadoras de los *Clubs democráticos*. Sábenlo los jefes de estos, así como el punto y hora de reunion, y adelantándose á los conservadores, apodéranse del local que estos habían elegido para reunirse. Llegada la hora de la reunion, comienzan á acudir los conservadores, sus oradores van á hacer uso de la palabra, pero los radicales no lo consienten, y empiezan primero por silvar, y despues por mostrar las armas de que iban provistos, y lanzar amenazas de muerte contra todos los que no los obedezcan;

resistense los conservadores, las palabras se cruzan de uno á otro bando, y ya había empezado á correr la sangre, cuando logró ARBOLEDA corriendo los mayores peligros, que se le dejase subir á la tribuna, y se le escuchase por breves instantes, pero oigamos lo que sobre esto dice uno de sus biografos (10).

»Apénas habia empezado á hablar el orador, cuando »una voz le interrumpió. El oído finisimo de ARBOLEDA, »descubrió que el acento del que lo interrumpia, no era »el peculiar á los hijos de Cali; y sacando partido de tal »circunstancia, exclamó con viveza:—Aquel que me in- »terrumpe no es de Cali: sinó le conociera por el acen- »to, conociérale fácilmente por su falta de cortesía.» Y »siguió con sumo tino, manifestando los estrechos víncu- »los que le unían á ese pueblo que por la primera vez le »había dado sus votos para que lo representára en el Con- »greso; hizo una recapitulacion de cuántos hechos glo- »riosos registraban los anales de esa ciudad: todo fué »dicho con tal sentimiento, con tanta dignidad, que los »aplausos venian unos en pos de otros, y que el hombre »que había osado interrumpir al orador, fué expulsado »del salon en medio de la rechifla jeneral.

«Dueño ya de las simpatias de su auditorio, que lo es- «cuchaba con silenciosa admiracion, ARBOLEDA trae la «cuestion á su verdadero terreno, y continúa discurren- «do con seductora elocuencia, sobre la necesidad de aliar «la libertad al órden, sobre el respeto que se debe tener «por el capital del rico, que es la esperanza del pobre, «etc. Los vivas y los aplausos estallaron de todas partes; «y entónces, los que habian sido enviados para turbar el «órden en la reunion conservadora, gritaban con voz es- «tentórea:—«Queremos oir áun al elocuente orador. «Por

«desgracia, el pueblo es como el ópalo: refleja la luz del astro que le alumbrá: y al día siguiente acechaban de nuevo al patriota ciudadano, los que la víspera le aplaudían estrepitosamente.»

«Los jefes de los comunistas llegaron á temer tanto la influencia que podían producir los discursos de ARBOLEDA, que insertaron en los reglamentos de sus clubs, un artículo prohibiendo que se le concediese la palabra, en el caso de que se atreviera á asistir á sus reuniones. Poco mas tarde tomaron una vía mas espedida, y fué la de prohibirle absolutamente que hablase en público.»

Espidióse al comenzar el año de 1850, una mal llamada *Ley de libertad de imprenta*, en la cuál se permitía, no la libre emision del pensamiento por medio de la prensa, si no se daba el derecho de infamar por la misma á cualesquiera ciudadano, bajo el anónimo, sin que los tribunales pudieran intervenir para nada en los delitos que la prensa cometiese, ya fuese escitando á la insurreccion las malas pasiones de los asociados, ora pusiesen en duda la probidad de alguno, ó les achacáran públicamente de haber cometido las acciones mas indignas, los crímenes mas espantosos que la imaginacion pudiera concebir.

Uno de los mas distinguidos publicistas arjentinos, el poeta y jeneral Mitre, discurrendo sobre la libertad de que debía gozar la prensa, dijo en uno de los primeros números del periódico «*Los Debates*», que publicára en Buenos Aires en 1857; «las heridas causadas por la prensa, son como la lanza de Aquiles, hieren con la punta, curan con el regaton». Este pensamiento, que ántes habia espresado en idénticos términos, el célebre jurisconsulto inglés Bentham, es en su esencia uno de los sofismas

mas erróneos, que la mente puede concebir y lanzar al terreno de la discusión.

No solo no todos los que leen el ataque no leen la defensa, sino que el derecho dado á la prensa sin restricciones ni correctivo de ningun género, de infamar y calumniar á quienes se le antoje, presenta además inconvenientes é injusticias tan palpables, que creemos poco ménos que inútil, detenernos á demostrar lo que se halla al alcance de todos.

Esa ley no tenia por lo tanto mas objeto, que el de poder infamar y calumniar á su antojo, el partido que se hallaba en el poder, á todos los que no apoyaban su marcha política.

La ley es un contrato que liga á dos con derechos y deberes iguales.

Ahora bien, vemos consignados en esa absurda ley, los deberes que el gobernante impone á sus gobernados. ¿Pero dónde se hallan, por ventura, consignados los deberes que los gobernados tienen derecho de imponer al gobernante?

En esa ley vemos los derechos que se reservan á la licencia, no la libertad de la prensa. ¿Mas, en dónde están consignados los derechos que deben reservarse á los ciudadanos, para perseguir esa licencia?

Como no existian en esa monstruosa ley deberes, sino para los hombres honrados, ni derechos, si no para los calumniadores; podemos decir sin que se nos tache de parciales, no solo que la ley es monstruosa, absurda, é inmoral, si no que ella no tenia otra cosa en vista, que asesinar la honra política, y moralmente hablando, á todos aquellos que por sus convicciones ó cualesquier otra cau-

sa, figuraran en las filas del partido conservador, ó no estuviesen inscriptos en las del partido radical.

Pero, admitiendo que la prensa debe ser libre, que el escritor *puede y debe* tener el derecho de atacar á quien y como se le antoje; debemos al *ménos* dar iguales derechos al calumniado para defenderse, que los que tuviera el calumniador para atacarle.

Ni áun esto aconteció entónces. Los mismos que proclamaron que la emision del pensamiento humano debia ser *absolutamente libre* así para atacar, como para defender las ideas y personas, desde el Presidente de la República hasta el último ciudadano; los mismos que consignaron en esa monstruosa ley:

«*La imprenta es ABSOLUTAMENTE libre y los que abusen de ella, sea del modo que fuese, son inmunes é irresponsables, ánte la ley y ánte los que hayan sufrido sus ataques; no pudiéndoseles seguir perjuicio por sus aseveraciones, ni necesitándose para publicar un escrito ó periódico, firmarlo, ó garantizarlo; ni dar el nombre ó la direccion del editor ó imprenta donde el escrito ó periódico se publiquen,*» los mismos que procuraron salvar de este modo, hasta la responsabilidad moral que debe pesar sobre el escritor ó editor responsable, en todos los casos, por las doctrinas que sustente; y muy especialmente, cuando ataca la vida privada de un ciudadano sin respetar ni el sagrado del hogar, ni al honor de la mujer; esos mismos, que tan liberales se mostraban en esa *ley draconiana*, no pudiendo soportar que otras voces que las suyas se levantaran en la República, ni que se combatiesen sus absurdas y peligrosas teorías, ó se demostrasen los crímenes y atropellos que diariamente cometían sus copartidarios en toda ella; llevaron á cabo en Bogotá, y en otras poblaciones donde se publicaban periódicos de distintas opinio-

nes que las suyas, escenas tan vergonzosas, atropellos tan indignos, como los que tuvieron lugar en Montevideo el año de 1866, en las personas é intereses de los dueños y operarios de las imprentas de los diarios de la oposicion conservadora

Durante esos *dulces momentos de efervescencia popular*, bandas de hombres, armados hasta los dientes, y ébrios, sin duda para escitar más áun, su frenético entusiasmo *por la libertad*, destrozaron completamente várias de las imprentas donde se publicaban diarios que contrarrestaban las tendencias de los hombres que se hallaban en el poder. Tal sucedió con la del diario *El Progreso*, y mas tarde, en el mes de junio de 1851, con el establecimiento tipográfico del acreditado diario *El Dia*; destrozado completamente por una turba desenfrenada de soldados, á cuyo frente se hallaba el entónces coronel José Maria Melo, jefe que era de la caballeria, é iniciador de la ridícula revolucion dictatorial de 17 de Abril de 1854.

El 18 de Marzo de 1850, sin juicio, sin causa ninguna, violando la Constitucion que prohibia terminantemente expulsar del pais, ó castigar á persona alguna, sin haber sido sentenciada préviamente por el juez competente; invadiendo las atribuciones de los poderes judicial y legislativo; por un simple decreto del jeneral López, fué expulsada de la República la Compañia de Jesús que, por decreto expedido en 3 de Mayo de 1842, fué llamada nuevamente á Nueva Granada, garantiéndosele «seria considerada como cualquiera otra corporacion legal; pudiendo «vivir segun las reglas de su instituto, y ejercer su sagrado ministerio en los colejos, hospitales, misiones, & del «modo que juzgase más conveniente ó adecuado.»

No es de nuestra incumbencia detenernos aquí á analizar, si esta renombrada asociacion religiosa, ha prestado mayores bienes que males ó vice-versa á la humanidad; pero debemos hacer constar que, no hallando el general López, motivos ningunos en que fundar la grave resolucion que adoptaba, violando la Constitucion y atropellando los derechos de los poderes legislativo y judicial, declaraba explicitamente en el decreto que ordenaba nuevamente la expulsion de la Compañia de Jesús: «que su eleccion para «Presidente de la República, habia sido hecha con la precisa condicion, entre otras várias, de que habia de expulsar los Jesuitas del territorio de la República.» Estas palabras del jeneral López dicen mas por sí solas, que todos los comentarios que pudiéramos nosotros hacer sobre la injusticia de su resolucion.

Después de este despótico decreto, espidió vários otros el jeneral López, atentatorios á cuál más de los derechos y la dignidad eclesiástica, metiéndose á legislar sobre materias puramente canónicas y en que, por tanto, ninguna injerencia debia tener el poder civil; por uno de ellos se anulaba el fuero eclesiástico, ordenándose que en las causas matrimoniales, beneficiales y las de divorcio, tuviesen injerencia los jurados legos; en otras disposiciones tan *sabias* como las anteriores, se instituia que «en las causas »incoadas contra los clérigos mayores y menores, tuviesen conocimiento y fuesen juzgadas, por jurados eclesiásticos nombrados al efecto;» que los curas parroquiales fuesen nombrados por los cabildos y los padres de familia de las respectivas parroquias; que los canónigos, en lugar de serlo perpétuamente, cómo hasta entónces, no durasen en esos puestos si no determinado tiempo; que se disminuyesen las canonjias, retirándoles al efecto las ren-

tas anexas á ellas desde tiempo inmemorial, no por el gobierno, sinó por la piedad de los fieles y prelados.

El arzobispo de Bogotá, ilustrísimo señor José Manuel Mosquera, y con él todo el episcopado granadino, opuso á estas inconsideradas resoluciones, el histórico: *Non possumus: Obedire oportet Deo magis quam hominibus*. A estas protestas, enérgicas al par que moderadas, contestó el jeneral López, acusando ánte el Congreso al arzobispo de Bogotá y los demás obispos granadinos: de no haberse querido someter á la ley que declaraba *empleados fiscales á los obispos* y demás funcionarios eclesiásticos, poniéndolos bajo la dependencia inmediata del poder civil; de no haber consentido que se arrebatasen al culto divino, las rentas de que la piedad de los fieles le dotara; y por último: de haber protestado contra la ley que ordenaba el desafuero del clero, negándose á someterse á ella.

Diariamente se dirijían con ese motivo en el seno de la legislatura, las mas violentas interpelaciones, los insultos mas soeces al clero granadino; por último, el arzobispo de Bogotá, los obispos de Cartajena, de Antioquia, de Panamá y de Pamplona, tuvieron que abandonar sus diócesis, y condenados al destierro, fueron expulsados de la República; emprendiendo esa penosa peregrinacion, durante la cual falleciera en Marsella el ilustrísimo señor Mosquera, y en Venezuela otro de sus ilustres compañeros de martirio.

Mas no pararon aquí los desmanes del radicalismo: ántes de partir los ilustrísimos arzobispo y obispos ya citados, nombraron los diversos vicarios que, de conformidad con las leyes eclesiásticas, debían desempeñar sus apostolados mientras durase su destierro; el Gobierno del jeneral López, no solo desconoció los lejitimos poderes

de esos sacerdotes, sinó que hasta llegó en su demencia á pretender nombrar por sí, y ante sí á sacerdotes refractarios ó cismáticos, para desempeñar esos distinguidos puestos.

Miéntas de esta manera satisfacian su fatuidad, su anhelo por ser llamados *grandes hombres de Estado*, los que rejian los destinos de la infeliz república neo-granadina, los sucesos que ya hemos referido, no eran si no los precursores de los que más adelante verán nuestros lectores; el país agonizaba en todos sentidos, material, política y moralmente hablando; la instruccion primaria era una palabra cuyo sentido se ignoraba, puesto que el gobierno declaraba deberse dejar al interés particular, el cuidado de formar la inteliencia y el corazon de los ciudadanos; no se construía ni reparaba una sola milla de caminos, por la misma razon que no se sostenía por el Estado una sola escuela; declarábase abolidos los grados académicos, cerrábase las Universidades, y se expidió un decreto por el cuál, quedaba considerado apto cualquiera individuo para desempeñar la profesion más delicada; no siendo por tanto necesario para ejercer la medicina, la abogacia, ó cualquiera otra carrera científica, haber hecho los estudios preparatorios, que por las leyes son necesarios en todas las naciones civilizadas; ni aún rendir un exámen prévio que demostrase, (hasta cierto punto), la suficiencia de los conocimientos de aquel, en cuyas manos se halla pendiente no pocas veces, la fortuna, la honra, y la vida de una persona, ó de toda una familia.

Los *clubs democráticos* habian llegado ya en esa época, á su mayor grado de exaltacion; armados á expensas del Estado por el gobierno, autorizados por este para cometer toda clase de crímenes y atropellos, y con el jeneral

Obando á su frente, lanzáronse á cometer los crímenes mas atroces, sobre todo, en el valle del Cáuca y las demás provincias del Sud de la República, que fueron testigos de escenas sangrientas, que cubrirán de luto y deshonrarán eternamente la historia de la república granadina; hordas de forajidos, proclamando el comunismo como bandera, destrozaban ó incendiaban las casas, los campos y todas las propiedades de los que no estaban con ellos ó por ellos; violábanse las indefensas mujeres ántela vista de sus padres, esposas, hijos ó hermanos; azotábanse á estos delante de aquellas, llegándose hasta el cinismo de exigir los incendiarios á sus víctimas que, para descargar su responsabilidad para con los que les ordenaban cometer tales infamias, estendieran un recibo de los azotes que habian recibido . . . el asesinato y el robo eran los crímenes *más inocentes* á que se hallaba espuesto cotidianamente, el que no estaba enrolado en las filas del partido radical, y á esas horribles infamias, á esos espantosos crímenes, se les llamaba por sus autores « ¡el réjimen del doctor Cuero ! » y escritores que merecen entero crédito aseguran, haber asomado no pocas veces la sonrisa á los lábios del jeneral López, al leer algunos de esos indignos recibos, arrancados á la cobardía y al dolor físico causado por los azotes.

De todas partes levantáronse entónces, las voces temblorosas de las víctimas, suplicando al jeneral López impidiese la continuacion de esas sangrientas escenas. Vários Diputados especialmente, de los de las provincias del Sud de la República, hicieron al Poder Ejecutivo justísimas y enérgicas reclamaciones: entónces para colmo del escándalo vióse al Presidente de la República jeneral López, llamar RETAZOS DE LA DEMOCRACIA, á estos horri-

bles acontecimientos; y como si no bastase con el asesinato, el robo, el estupro y la deshonra, que como el buitre sobre su presa, cerníanse diariamente sobre las cabezas de sus enemigos políticos, llegar á exclamar con el mayor cinismo, burlándose impudentemente de sus víctimas: «COMPRENDO Y DEPLORO COMO EL QUE MAS LOS ACONTECIMIENTOS, PERO NO PUEDO REFRENAR ESOS ABUSOS, SIN DETENER LA MARCHA TRIUNFANTE DE UN PUEBLO SOBERANO Y ÚNICO ÁRBITRO DE SUS DESTINOS.»

Tales han sido los hechos que entónces tuvieron lugar en la Nueva Granada, que la mente se resiste á creerlos, la pluma á trazarlos; quedando únicamente al escritor honrado é imparcial y que en algo se aprecie, la condenacion de tan infames crímenes, ánte los cuales, como ha dicho un notable publicista, filósofo y poeta, refiriéndose á las escenas de barbarie perpetradas en Francia, durante la revolucion social de 1793, *«sería pálida una insurreccion del infierno.»*

Entre tanto, así en los clubs como por la prensa, tocando todos los resortes imaginables; tan pronto discutiendo como rogando, procuraba ARBOLEDA impedir la continuacion de aquellas espantosas escenas, y al mismo tiempo se dedicaba con el mayor ahinco, á reparar en lo que en su esfera le era posible, los inmensos perjuicios que su patria sufría diariamente, á causa de aquel completo desbordamiento de las malas pasiones.

Al partido radical no se le ocultaba la inmensa influencia que con semejante proceder, adquiría ARBOLEDA diariamente para con los hombres sensatos; y entónces, pretestando que se tramaba una revolucion contra el gobierno de la República, y que ARBOLEDA se hallaba á la

cabeza de los conjurados, hicieronle encarcelar, sepultándolo en un inmundo calabozo, donde fué confundido con los más insignes criminales.

No habian pasado muchos dias desde que los radicales llevarán á cabo este indigno atentado, cuando uno de los mejores amigos de ARBOLEDA, el señor don Manuel M. Luna, supo que se trataba de asesinar á ARBOLEDA en la cárcel misma, á cuyo efecto vários personajes notables del partido radical, entre los cuales se hallaba un elevado funcionario público, habian ofrecido al preso que le hiciera esta revelacion la libertad y una crecida cantidad de dinero, si consumaba el crimen que premeditaban. Frustrado este, por circunstancias casi providenciales, no se desanimaron por ello los radicales, y fraguaron una pueblada, durante la cual trataron aunque inútilmente de forzar las puertas de la cárcel, con objeto de en medio del bullicio y la confusion, asesinar á mansalva al distinguido bardo. La energia de los conservadores de Popayan, que inmediatamente de saber lo que intentaban los radicales, se aprestaron á defender la vida de su copartidario, salvó por segunda vez á ARBOLEDA.

Hallábase éste postrado en la cama, atacado de una violenta fiebre, cuando se tratara de realizar por segunda vez el inicuo proyecto de asesinarle; avisado del grave peligro que corria, fué entónces que, devorado por la tenáz calentura que se habia apoderado de él, sin mas útiles para escribir que un lápiz y un poco de papel, á la trémula luz de una vela de sebo, escribió las composiciones tituladas *Al Congreso Granadino* y *Estoy en la cárcel*, al leer las cuales uno de los primeros poetas de Colombia le apodilló *Jigante de los Andes*; hipérbole que peca de sobrado exajerada, pues que, si bien hay en esas dos com-

posiciones, pensamientos magníficos y espresados de un modo admirable; imágenes bellísimas y versos llenos de inspiración y lirismo, abundan en cambio también en ellas, los versos defectuosos ó incorrectos, pensamientos triviales ó desprovistos de interés, imágenes tan faltas de naturalidad como de inventiva.

Algunos días después de estos sucesos, habiéndose agravado notablemente la enfermedad de ARBOLEDA, fuéle permitido salir de su prisión bajo fianza; sintiéndose muy mejorado al poco tiempo de su excarcelación, y sabiendo que uno de sus más queridos amigos era perseguido injustamente, debiendo fallarse en aquel día ánte el jurado competente su causa, hizo conducir en una silla de manos al salón donde el jurado debía reunirse, y después de pronunciar un brillante discurso en que patentizó la inocencia de su amigo, logró que fuese absuelto de todo cargo. Este último hecho, aumentó si era dable aumentase, el ódio que el partido radical le profesaba, y cegado por él, decidieron entónces, costase lo que costára, librarse de una vez para siempre del hombre que les combatía.

Convenidos como estaban todos en el fin, bien pronto armonizaron los radicales sus opiniones, en cuánto al medio que habían de emplear para conseguirlo; pero ellos no contaban con que Luna, el infatigable Luna seguía sus pasos; enterado de lo que los radicales tramaban, dió aviso inmediatamente á otros varios amigos de ARBOLEDA, y bien pronto pudo éste contar con un cierto número de esforzados defensores que, atrincherados dentro de su casa, bastaban para impedir la consumación del nuevo crimen que los radicales premeditaban.

Durante diez noches consecutivas, intentaron vanamen-

te los asesinos asaltar la casa de ARBOLEDA, siendo en todas ellas rechazados vigorosamente por los esforzados defensores de éste; al fin, el prolongado insomnio á que estos se veían condenados para no ser sorprendidos, la triste situación en que todos se hallaban sin esperanza de ningun socorro, y más que todo, las continuas súplicas de su madre y de su esposa, decidieron á ARBOLEDA á adoptar la resolución de emigrar de su patria: «Escápate, le decían, porque ya nos faltan las fuerzas: si no morimos por el hierro, moriremos por el sobresalto y la falta de descanso.—Escápate, que estando tú sano y en seguridad, nos respetarán por temor de ti; mientras que permaneciendo aquí, tu ruina, la de tus amigos, la de tus hijos y la nuestra es irremediable.»

Resuelto, por fin, á espatriarse; en la noche del día 1.º de abril de 1851, salió ARBOLEDA de su casa por una puerta escusada, perfectamente disfrazado; atravesó por en medio de los grupos de sus enemigos sin que estos le conociesen, y en esa misma noche abandonó á Popayan; caminando siempre á pié y por sendas desconocidas, donde jamás se posára antes que la suya la planta del hombre, al mismo tiempo que se veía obligado á ocultar sus huellas á sus constantes perseguidores, tenía que soportar toda clase de privaciones; no pocas veces en el trayecto de sesenta leguas que hay desde Popayan á la frontera del Ecuador, donde se dirijía, le faltára el alimento mas necesario, así para él, como para el fiel compañero que le sirviera de guia; la lluvia que caía sobre sus cuerpos desde que abandonáran á Popayan empapaba sus vestidos, y en el mas lamentable estado de postración se hallaban, cuándo lograron alcanzar el territorio ecuatoriano, después de haber escapado por medio de mil astucias y ro-

deos, á la estremada vijilancia y la astídua persecusion de los radicales.

Una vez en el Ecuador dirijióse inmediatamente ARBOLEDA á Quito, en donde se hallaban tambien emigrados su hermano Serjio, y el doctor don Vicente Cárdenas, á los cuales reunióse á los pocos dias, el señor don Manuel M. Luna, de quien ántes hablamos.

Al verse reunidos los cuatro, trataron de convenir en el modo y forma en que podrian llevar á cabo una vasta su-blevacion, que derrocára al partido radical del poder que usurpára, por medio de su atrevido golpe de mano; al efecto, coménzaron por mantener una activa correspondencia, con los personajes mas conspicuos del partido conservador.

Desgraciadamente los sucesos se precipitaron, y ántes del dia señalado para levantar el estandarte de la contrarevolucion, viéronse obligados sus copartidarios residentes en la Nueva Granada, á iniciarla. El Gobierno del jeneral López ordenó se estableciesen en la provincia de Pasto *Clubs democráticos*, por el estilo y con el mismo objeto de los que se habian fundado hacia unos dos años en otros puntos de la República. Los habitantes de la provincia de Pasto, cuya mayor parte pertenecian al partido conservador, se resistieron tenazmente á consentir en el establecimiento de esos clubs anti-sociales, y entónces el Gobierno expidió órdenes de prision, contra todos aquellos conservadores que creia tenian mas influencia en la provincia. Avisados de esto en tiempo oportuno los conservadores, se refugiaron en las montañas de Chaguarbamba declarándose allí en abierta rebelion; las tropas del Gobierno marcharon contra ellos, resistiéronse los conservadores, y los fértiles [campos de la Nueva Granada se

vieron nuevamente regados con la sangre de sus hijos.

Bien pronto se supieron en el Ecuador estas desconsoladoras noticias, é inmediatamente dirijióse ARBOLEDA con sus amigos hácia la frontera, con ánimo de si los sucesos lo requieran ponerse á la cabeza del movimiento revolucionario, ó contribuir en lo que les fuese posible á su mejor éxito.

Mientras ARBOLEDA se encaminaba á marchas forzadas hácia la linea fronteriza del Ecuador y la Nueva Granada, el coronel don Manuel Ibañez, puesto al frente de un número reducido de conservadores, siguiendo mas bien los impulsos de su corazon que los consejos de la prudencia, atacó en Anganoi con el corto número de paisanos que tenia bajo sus órdenes, á las numerosas fuerzas veteranas que comandaba el jeneral Franco; muy superiores las tropas de Franco á las de Ibañez en número, armamento y subordinacion, el resultado de la descabellada intentona de Ibañez fué la completa derrota que sufrió en Anganoi, y que al par que envalentonó á los radicales, introdujo el mayor desaliento en las filas de los conservadores que, se pronunciaron en retirada hácia el Ecuador.

Al llegar ARBOLEDA á la frontera, se encontró con los derrotados en Anganoi que se habian visto obligados á refugiarse en el territorio ecuatoriano; casi al mismo tiempo, el doctor don Florentino Gonzalez, don Pedro José Nates, y otros vários emisarios de los jenerales López y Franco, se presentaron á él, ofreciéndole toda clase de garantías para su persona é intereses y los de su familia, siempre que no tomase parte en ningun movimiento revolucionario, contra el gobierno del general López.

ARBOLEDA rechazó con indignacion las proposiciones

que ambos jenerales le hacian, y no pudiendo consentir que su patria soportase durante mas tiempo la espantosa tiranía que la aniquilaba, decidióse á internarse en la República granadina, y luchar incesantemente hasta lograr derrocar la administracion López ó perecer en la demanda.

Antes de atravesar la frontera dirijió ARBOLEDA una carta á uno de sus amigos, donde despues de referirle el desastre de Anganoi, y demostrar la lamentable situacion que atravesaba la República, esquilmada y vilipendiada por los mismos que debieran procurar su adelantamiento y cubrirla de glorias, manifiesta su resolucion de luchar hasta morir ó librarla de los espantosos males que la aquejaban, causados por las doctrinas anti-sociales que tan inconsideradamente emitieran los caudillos del partido radical, y terminaba demostrando los fatales resultados que traeria para la Nueva Granada la derrota de los conservadores; en cuyo caso, preveia seria elevado el jeneral Obando á Presidente de la República en las elecciones de 1853, y que este concluiría por establecer la dictadura como sistema de Gobierno.

No podemos ménos que copiar aquí vários párrafos de esa importante epistola; importante, no solo por lo que honra á ARBOLEDA el acrisolado patriotismo que en toda ella se revela y su nada comun intelijencia, al precisar como lo hace, los sucesos que mas adelante acontecieron, si no por la luz que sobre esos mismos sucesos nos ofrece.

Dicen así: «Figúrese Vd. cuál habrá sido mi pesar al encontrarme aquí con la noticia de que nuestro amigo Ibañez habia sido derrotado en Anganoi: El es un hombre tan jeneroso en los sentimientos, como prudente en

las acciones ; pero no conociendo las verdaderas circunstancias de Franco, tuvo que dejarse guiar por lo que otros le decian, y se precipitó en un combate desigual por complacer á algunos jóvenes, mas dignos de alabanza por su brio que por su tino. El desaliento es inmenso, y las consecuencias fatales que va á tener este primer golpe en todo nuestro territorio me tienen contristado. Ya poco ó nada tengo que esperar en lo que hagan otros por la República ; pero Serjio, Cárdenas, Lima, los Záramas y muchos otros, no ménos firmes y decididos, están resueltos á rehacer conmigo el movimiento. Si todos los derrotados hacen otro tanto, venceremos al fin, como venció Bolívar, á fuerza de constancia. Nuestra causa es tan justa como la suya, sinó mas justa ; las simpatías de todos nos acompañan, hasta las de los esclavos del terror que, para desarmar la ira de sus tiranos, disparan, muy á pesar suyo, sus fusiles contra nosotros. La Nueva Granada no está gobernada, está despedazada, envilecida por una horda de bandoleros. Todavía la tala, el incendio de las propiedades, aunque nos dan derecho perfecto de castigar á sus autores, no son nada comparados con la vileza y la cobardía de que un pueblo entero tolere que unos pocos azoten públicamente á las mujeres, á los viejos, á los infantes desvalidos. Si los granadinos sufriesen por mas tiempo tanta ignominia, serian indignos hasta del nombre de hombres. Yo no puedo consentir ni en el pensamiento de que semejantes desórdenes continúen. Las mujeres azotadas y profanadas, los niños despedazados, las canas insultadas, me atormentan la imaginacion me apriétan el pecho, como otras tantas pesadillas ; y si yo solo quedase, para manifestar que tenemos sangre en las venas, yo solo les haria guerra á los autores de tantos

crímenes. No quiero hacerme despreciable á mis propios ojos : no puedo desertar de mis banderas en los días de prueba. Venga, pues, lo que viniere, mis enemigos habrán de confesar algun día que si puedo ser desgraciado, no puedo ser vil. Algunos juzgan ya nuestra causa perdida, me dicen que lo único que conseguiré encabezando una nueva reaccion, es perder cuánto tengo y sacrificarme á mi mismo y á mi familia ; y Pedro José Nates ha venido á congratularme por no haber estado en Anganoi, y á ofrecerme de parte de Franco toda especie de garantías. Yo quiero suponer que volviéndome á Quito salve mi fortuna y viva holgada y pacíficamente con mi familia. Pero ¿ qué se diría de un hombre, en mi posicion, que dejase á sus compatriotas á la merced del látigo y huyese á gozar en tierra estraña de bienes sacados del país, que habia dejado sacrificar cobardemente? Me parece que hasta el pan comprado con monedas salvadas al precio de tanta infamia, me oleria, me sabria á infamia y envenenaria mi existencia. Pero no está enteramente perdida nuestra causa; no lo crea Vd. Tengo motivos para creer que Jacinto Córdova, Delgado y López se batien actualmente en Popayan, y que muchos otros hombres jenerosos hacen lo mismo en Bogotá, en otras provincias del Norte, en Antioquía y en Cartajena. Yo no puedo dejarlos solos ; que me lloren muerto, pero que no me aborrezcan por infiel ni me desprecien por cobarde . . . »

« Franco está en Túquerres con algo mas de 300 hombres: yo apenas cuento con 90; pero si no consigo mas, con ellos pienso escaparme de noche, pasar la línea, y maniobrar hasta que logre echar á Franco de la provincia. Si me la deja, ya tengo base para mis operaciones, y entónces si puede Vd. contar con que formo algo que pa-

rezca ejército. Quién sabe si lograré mi intento, porque Franco es soldado viejo »

« Mi mayor riesgo vá á estar en la falta de disciplina, porque aseguro á usted con toda franqueza, que áun entre los pocos que somos aquí, la mayor parte de ellos pretenden disponer las cosas. A eso atribuyo la desgracia del pobre Ibañez. Es muy doloroso esto de tener que dar cuenta á todo el mundo de lo que uno piensa hacer, y verse en la necesidad de tomar el parecer de tantos, y discutir una orden como se discute una ley. Asi no se hace la guerra. Lo peor de todo es que la derrota de Anganoi, en lugar de calmar ese espíritu diabólico de insubordinacion, le ha aumentado considerablemente. Agregue usted á esto, que yo he estado por muchos años separado de la milicia, y que pocos se acuerdan de que soy militar; y concebirá usted fácilmente que ni puedo inspirar confianza ni hacerme obedecer. Los buenos ciudadanos que me acompañen, harán pues, probablemente lo que quieran, y, ó no habrá operacion posible, ó será preciso consultarla con muchos, y no habrá ni plan fijo en la guerra ni secreto en los movimientos. El valor es muy comun entre nosotros; pero ese espíritu de obediencia tan necesario para triunfar, falta siempre en las fuerzas colecticias. De modo que, mi querido amigo, solo empresas muy atrevidas y arriesgadas pueden granjearme la confianza y darme la influencia que necesito para llevar las cosas á buen término; y con nuestras montoneras, ¿quién sabe si en la primera nos lleva el diablo? Ruegue usted, pues, por mí; pero no desconfie, que por mal que nos vaya habremos salvado el honor, y ya no se dirá, al ménos con justicia, de este pueblo, que dejó azotar á los ancianos, incendiar sus casas, violar sus mujeres, sin

hacer un esfuerzo que le salvase, si nó de la muerte, de la ignominia. Algo valdrá el ejemplo; y despues de todo entre morir á latigazos ó á balazos, entre la muerte del perro y la del héroe, ¿quién duda en la eleccion ?

« Pero ¡ y si nos derrotan ! dirá usted ¡ y si nadie nos ayuda ! Pues si nadie nos ayuda, tanto peor para ellos, que cargarán con la deshonra de habernos abandonado. Entre tanto, con auxilio ó sin él, esto es cierto : que ó vencemos y cesa el látigo, ó somos vencidos y cesa tambien el látigo. Los que azotan y saquean los pueblos del Sud, lo hacen de cobardes; porque nos juzgan carneros viles incapaces de toda resistencia. Cuándo vean que preferimos la muerte de los héroes á la vida de los esclavos; cuando se persuadan de que un insulto á nuestras mujeres les cuesta la vida, otra será su conducta. Con esto que se consiga, aunque nos maten á mí y á unos ciento ó doscientos mas, me daré por bien servido. Probemos que somos dignos de la libertad y la tendremos. La reaccion me parece, pues, santa y útil aún en el supuesto mas desfavorable.

« En cuanto á Obando, la cosa es clara ; si sucumbimos, será presidente y dictador quizá. Los asesinatos, los incendios, los estupros, los desórdenes de todo jénero ; el desarme de los buenos ciudadanos, el armamento de los bárbaros indios güilas, la organizacion y armamento de las sociedades democráticas, no tienen mas objeto que hacer aborrecible la República, crear la necesidad de una dictadura y hacer que la nacion, cansada y envilecida, se arroje en los brazos de ese demagogo, y le suplique que le haga el favor de tiranizarla á su arbitrio. López no sabe lo que está haciendo : no trabaja para sí; sino para Obando. Si sucumbimos, Obando será lo que

quiera ser. Si yo, en lugar de amar la República, sus libertades y su honor, aborreciera á Obando, le vería con gusto de presidente, porque estoy seguro de que á los pocos meses de ejercer el poder, estará despreciado hasta de sus mas exaltados partidarios. Ya le hemos visto de Jefe del Ejecutivo, y ¿qué hizo? Nada, sinó desordenarlo todo, desterrar, y conferir ascensos escandalosos hasta que la Convencion intervino. Obando no sabe gobernar sinó á los indios del Zarzal, y cuando llegue al poder vá á creer que la República es el Zarzal: llevará el asesinato, el látigo, todos los desórdenes del Sud á la misma capital, á toda la República, que se convertirá en un vasto campo de ignominiosa anarquía: sus agentes serán Guainas, Enseca, los indios güilas, los negros de Cáli, los Rodriguez y cuántos criminales haya en la nacion. Si mi pobre patria no hubiera de ser la víctima, como enemigo de Obando quisiera verle en el poder. Si el pobre Obando tuviera talento, debía desear nuestro triunfo para volverse á firmar libros al Perú, y continuar de víctima y de ídolo. Si nos gana la partida y es presidente y dictador (como lo pretende), es hombre perdido. Entonces sus adoradores caerán en cuenta de que el ídolo es puro barro, y si tienen buenas intenciones, como lo creo de muchos, se darán de calabazadas por la equivocacion. Si la Providencia no nos favorece ahora, para entonces es preciso aplazar la era nueva de nuestra libertad. Los pueblos son como los individuos: no adquieren por desgracia, experiencia en cabeza ajena, no creen á sus verdaderos amigos, y ni saben historia, ni, aunque la supieran, harian caso de sus lecciones. Pero esperemos que semejante calamidad no suceda: triunfemos, aunque el fruto único de nuestros sacrificios sea la desgracia y la

calamidad para nosotros, y la popularidad y la santificación para Obando. Si triunfemos, y vengan la muerte y la calumnia; vengan sobre nosotros todos los males, siempre que la República se salve: lo merece y yo lo amo lo bastante para sacrificarle hasta mi reputación.»

Seguido de un número reducido de amigos entre los que se hallaba el coronel Ibañez, el doctor Cárdenas, y los señores Zarama, Chavez, Patiño y Santa Cruz, cruzó ARBOLEDA la frontera por donde ménos lo esperaba el general Franco, obligando á éste á retirarse ánte su presencia y repasar el Guáitara, torrente caudaloso que presenta muy raros pasos.

Inmediatamente, y al mismo tiempo que disponia sus fuerzas de modo que pudiesen ocurrir á donde fuesen mas necesarias, y que cubriesen los distintos pasos del Guáitara, cerrando con esto á Franco todas las entradas de la provincia, se dedicó con el mayor empeño y actividad á la parte mas delicada de la empresa; la de ponerse de acuerdo con sus copartidarios del resto de la República y la de armar, y dar la debida organizacion á sus tropas, señalándoles sus jefes y oficiales, y formando nuevos cuerpos con los paisanos que, diariamente se presentaban á ofrecerle sus servicios.

Todo esto se llevó á cabo con la mayor rapidéz, en medio del mayor orden y sin que en lo posible en casos de idéntica naturaleza, se atropellasen las personas, los derechos é intereses de nadie; llegando en su estremada delicadeza hasta el extremo de respetar los fondos procedentes de las contribuciones nacionales, así como algunas barras de oro de propiedad particular, que se hallaron en la administracion de correos de Túquerres, y desechando con indignacion, la idea insidiosamente emitida

por alguno, de imponer una fuerte contribucion, sobre los bienes de las personas que más figuraban en las filas del partido radical.

Por aquellos dias apareció en las montañas de Chaguarbamba, una partida de Pastuzos, en abierta rebelion contra el gobierno; el jeneral Franco cuyas fuerzas se habian aumentado con la reunion de las guarniciones de las diversas poblaciones de la provincia de Túquerres, y algunas otras, sorprendió la partida de Pastuzos, y despues de derrotarla, continuó persiguiendo los fugitivos en direccion al Guaitara, con objeto de tentar si le seria posible vadear el rio, y penetrar nuevamente en la provincia que, tan irreflexivamente abandonara á ARBOLEDA.

Este se hallaba á unas ocho leguas del puente de *Ales*, por donde forzosamente tenia que pasar el ejército de Franco para internarse por aquella parte en la provincia; inmediateamente que tuvo conocimiento del plan concebido por Franco, partió con la mayor rapidéz hácia el valle que se estiende á la orilla derecha del Guaitara y en el cuál descansa uno de los extremos del puente de *Ales*; llegando tan á tiempo al lugar del peligro que, cuándo se posesionó con sus tropas del lado derecho del puente, se hallaban ya las tropas de Franco posesionadas del otro extremo del mismo y de toda la orilla izquierda del rio.

Inútilmente trató el ejército de Franco de desalojar á las tropas de ARBOLEDA de las posiciones que ocupaban; despues de dos horas de una lucha tenáz, vióse obligado á abandonar el campo, sin conseguir el objeto que se propusiera.

Dos dias despues, repitió Franco su tentativa por un paraje distante del anterior. Mas desgraciado en esta segunda prueba que en la primera, tuvo que retirarse des-

pués de ver derrotadas vergonzosamente sus columnas de ataque, y dejando vários prisioneros en poder de ARBOLEDA que los trató con la mayor cortesía, haciéndolos poner en el acto en libertad.

La invasion de ARBOLEDA al territorio neo-granadino y los triunfos que la siguieron, debian haber desarrollado la insurreccion; más no fué así: el miedo y el egoismo de los conservadores pudo mas en ellos que el amor á su causa y á su patria, y si bien miéntas ARBOLEDA se batia en Túquerres, grupos aislados mandados por el coronel Jacinto Córdoba y Luis de Francisco Martín, le secundaban en Popayan; los señores Caro y Tobar, y el desgraciado é intelijente doctor J. N. Neira, asesinado de orden de Juan José Nieto, derramaban en Tunja su sangre jenerosa por la misma causa; en Bogotá, los señores P. A. Restrepo, Uribe, Blanco, José M. Ardila, Pastor y Mariano Ospina, sosténian con las armas en la mano las mismas ideas; y en Antioquia, encabezaba la revolucion el jeneral Eusebio Borrero, secúndado por los señores Vazquez, Lázaro M. Perez y el doctor Ignacio Gutierrez, fracasando sus jenerosos esfuerzos á causa de la indigna traicion de que fueron víctimas. Si bien los imitaban en el Cáuca los señores Manuel M. Madiedo, Gomez Hoyos, Bartolomé Calvo y Sanclemente; en Caloto, el doctor A. Tono, Manuel Tejada, Aristides y Scipion Herrero; los señores Miguel Borrero, J. A. Pardo y F. de P. Torres en Cáli; en Pamplona el jeneral Leonardo Canal, el doctor Gregorio Rodriguez y Diego Tanco; y por último: el coronel J. M. Piñérez, Lisandro Caicedo, Várgas Páris, Viana y Vicente Ibañez en Mariquita: estas escepciones honrosas de su partido, luchaban, y luchaban sin fruto, combatidos á la vez por la

traicion que les rodeaba, las inmensas distancias á que se batian unos de otros, que impedian se pudiesen proteger mutuamente, la falta de plan, y sobre todo, la union del partido radical que, con el poder en sus manos, poseia recursos muy superiores en todos sentidos á los de sus adversarios.

Bien pronto quedó solo ARBOLEDA, en la lucha contra los radicales, puesto que los conservadores ya citados, que se lanzaron á secundarle, fueron por las causas ya espuestas batidos en detall con la mayor facilidad por sus contrarios.

No se arredró por ello ARBOLEDA. Un mes habria pasado desde que invadiera el territorio neo-granadino, y sus noventa hombres se habian aumentado insensiblemente hasta ascender ya entónces á novecientos, animados del mejor espritu, si bien su armamento, instruccion y disciplina, dejaban mucho que desear.

Comprendiendo perfectamente las ventajas que le traeria, abandonár la actitud meramente defensiva que hasta entónces asumiéra, decidió ARBOLEDA tomar la ofensiva, y dejando una pequeña guarnicion en Túquerres, se internó en la provincia límite de Pasto, cuya capital se hallaba defendida por 1,300 hombres á las órdenes del jeneral Franco, fuerza muy superior á la que él llevaba. Advertido por sus espías de que el jeneral Obando se acercaba á marchas forzadas trayendo á Franco un considerable refuerzo, trató de impedir la reunion de ambos jenerales, y de batirlos uno en pós de otro. No pudiendo por mas que hizo, conseguir que el jeneral Franco se decidiese á atacarle en sus posiciones, marchó rápidamente con sus tropas sobre Pasto, y presentándose frente á esa ciudad, provocó á su competidor al combate; este, que conoció su

intencion, y que esperaba por momentos la llegada de los refuerzos que le traia el jeneral Obando, rehusó aceptar el combate á que le retaba ARBOLEDA, y permaneció firme en sus posiciones, sin moverse en ninguna direccion.

Cansado ARBOLEDA de tentar inútilmente atraer á Franco al combate sin conseguirlo, dió á Pedro Patiño el mando de un destacamento de hombres escojidos, con encargo de observar los movimientos de Franco y hostigarle si abandonaba la ciudad, dándole parte inmediatamente de ello; y con el resto de sus fuerzas, partió hácia el Juanambú, rio que pasa á unas diez leguas de Pasto, en donde pernoctó aquella noche, y por donde irremisiblemente tenia que pasar Obando, para efectuar la reunion de sus fuerzas á las de Franco.

Miéntras ARBOLEDA trataba de realizar el atrevido plan de interponerse con sus escasas fuerzas entre las de sus dos enemigos, y batirlos separadamente, la traicion se introducia entre sus tropas, y mas de quinientos hombres abandonaban sus filas durante la noche, desertando de las banderas que habian jurado defender hasta morir.

A pesar de esta contrariedad, al amanecer del dia siguiente ordenó ARBOLEDA al resto de su ejército, que atravesase el rio en busca de las fuerzas del jeneral Obando; serian las ocho de la mañana, parte de sus tropas habian vadeado ya el Juanambú, encontrándose á la otra orilla del mismo, cuándo recibió aviso del jefe del destacamento que cubria la retaguardia, de que el ejército del jeneral Franco se aproximaba con la mayor rapidéz; un segundo aviso le participaba que el enemigo habia empezado á hostilizar la retaguardia de su ejército.

Al recibir estas noticias y después de ordenar que sus tropas repasáran el Juanambú y marcharan en seguimien-

to de él, se dirigió ARBOLEDA seguido de sus amigos, hacía el lugar donde según el parte que recibiera se hallaba ya empeñada la acción; pero con la mayor sorpresa, supo al llegar al sitio ocupado por la retaguardia de su ejército que, era incierta la noticia de que se hubiesen comenzado todavía las hostilidades, si bien el ejército enemigo se hallaba á la vista: poco después de colocar sus tropas en los puntos más convenientes, se trabó entre su pequeño ejército y el numeroso que mandaba el general Franco, un encarnizado combate que duró siete horas, y durante el cual logró flanquear á su enemigo, y quedar últimamente dueño del campo de batalla; obligando al ejército de Franco á abandonarle las posiciones que ocupara al principio de ella, á pesar de ser tres veces superior al suyo, en número, armamento y disciplina.

Entretanto Patiño no aparecía, y ARBOLEDA no podía explicarse la causa de que contra sus órdenes, no le hubiera dado aviso de que Franco abandonaba la ciudad de Pasto, y de que no le hubiera seguido, hostigándolo de todos modos; llegó la noche de aquel infausto día, y entonces recién supo que se había introducido también la traición entre los soldados de Patiño, y que estos se habían negado rotundamente á seguir á su jefe fuera de la provincia: Patiño envió inmediatamente á decir á ARBOLEDA, «que no le volvería á ver más, pero que su muerte en defensa de la causa común, le haría conocer que no le era imputable la falta cometida por sus tropas, contra las órdenes terminantes que había recibido de él,» oferta que, desgraciadamente, cumplió el pundonoroso jefe, pereciendo al atacar un reducto erizado de cañones.

La noticia de lo que aconteciera á Patiño con sus soldados, no fué sin embargo recibida por ARBOLEDA á su de-

bido tiempo, y al anochecer de ese día fatal y glorioso juntamente para los conservadores, se aprestaban estos á concluir la obra empezada, renovando el ataque suspendido, cuándo además de la noticia de la defección de los soldados de Patiño, recibió ARBOLEDA la de que el mismo jefe que en la noche anterior traicionara su causa, incitando á sus soldados á que desertaran de sus filas, había desaparecido del campamento y con él, la mayor parte de sus tropas que, diezmadas por la terrible lucha que sostuvieran, y con las multiplicadas bajas que estas tres traiciones le causáran, quedaban reducidas á tan exíguo número, que sería una locura pensar con ellas en comenzar nuevamente el combate.

Al siguiente día, se unieron los refuerzos que traía el general Obando al ejército de Franco y estos dos jenerales acamparon en Sachapamba. Entónces vióse obligado ARBOLEDA, seguido de algunos de sus amigos y de 26 soldados, únicos que permanecieron fieles á sus banderas, á repasar el Guáitara y penetrar nuevamente en la provincia de Túquerres, la cuál bien pronto tuvo que evacuar también con su pequeña leñion de valientes, emigrando nuevamente al Ecuador ánte la superioridad inmensa de las fuerzas enemigas; después de defender desesperadamente con los pocos hombres que le quedaban, la capital de la provincia, contra el grueso del ejército enemigo, fuerte de mil ochocientos hombres.

Las predicciones de ARBOLEDA debían verse unas en pos de las otras cumplidas; los radicales temiendo una nueva reacción, más desesperada que la que acababan de reprimir, y más terrible por tanto, se doblegaron á la necesidad, y cesaron en gran parte los atropellos de que

diariamente eran víctimas, los que no estaban afiliados en sus banderas.

Espíritus extraviados, trabajaban incesantemente en esa época, por introducir en el Ecuador las excelencias de las doctrinas comunistas que, tan proficuos *bienes* produjeran á la Nueva Granada; con ese motivo se trató por vários elevados funcionarios Ecuatorianos, de arrestar á ARBOLEDA y entregarlo á sus vencedores enemigos; más advertido á tiempo de estos manejos nuestro poéta, y ayudado jenerosa y desinteresadamente por el jeneral neo-grandiniano Vernaza, que por entónces residia en el Ecuador, se dirigió á Quito primero y después al Perú, donde ya le habian precedido, su hermano, el señor Luna, el doctor Cárdenas y otros vários amigos.

Al mismo tiempo que ARBOLEDA abandonaba el territorio Ecuatoriano, el Gobernador de Popayan, violando la Constitucion que abolia la odiosa pena de la confiscacion, se apoderaba de los bienes de ARBOLEDA, mereciendo este nuevo atropello la aprobacion del jeneral López y sus Ministros de Estado; el mismo Gobernador, uno de los miembros mas exaltados del partido radical, ordenó posteriormente la prision de la esposa de ARBOLEDA, por no haber pagado una fuerte multa que le impuso; á causa de carecer hasta de los recursos más necesarios, por habersele confiscado tambien á ella sus bienes, despojándola hasta de la casa paterna, que fué convertida en cuartel.

El jefe principal de los asesinos é incendiarios del Cauca, Antonio Mateux, se apoderó de todos los papeles que ARBOLEDA tenia en su casa de Caloto, y los que no guardó, los hizo pedazos ó los entregó á las llamas. Entre ellos se hallaban desgraciadamente vários cantos inéditos.

tos del poema *Gonzalo de Oyon*, que no ha sido posible á su autor volver á escribir; perdiéndose con ello gran parte de una de las mas preciosas joyas que orlaban la frente de nuestro vate, cuyo mejor trabajo literario ha sido indudablemente ese poema.

Una interesante anecdota encontramos sobre este deplorable acto de barbarie, en la obra del señor Caicedo *Ensayos biográficos y de crítica literaria*, que varias veces hemos citado, y nos vemos obligados á consultar frecuentemente, al relatar los sucesos en que figurara ARBOLEDA, hasta fines del año 1855; despues de referir el atentado cometido por Mateux, dice el señor Caicedo.

«Un dia se le preguntó á ARBOLEDA cuántos hijos tenia, y contestó sonriendo tristemente:—«He tenido ocho: el gobernador del Cauca mató al primojénito al salir de la patria potestad: el destierro mató al penúltimo; espero que la vida errante que llevo no me prive de los demás.» ¿Y cuál era el primojénito?— ¡*Gonzalo de Oyon!* y sin poder contener las lágrimas, el desventurado poeta se separó de su interlocutor.»

La llegada de los emigrados neo-granadinos á Lima, produjo como era natural una honda sensacion; los personajes mas influyentes del Perú les hicieron toda clase de ofrecimientos, mas los desgraciados proscriptos prefirieron ganar su subsistencia con el sudor de su frente, y rehusaron aceptar los que les hicieran, á pesar de carecer de toda clase de recursos, despojados de sus bienes como se hallaban por los radicales; ARBOLEDA y su hermano para poder subsistir, se vieron obligados durante su residencia en el Perú á dedicarse á la enseñanza de los diversos idiomas que poseian, y emplearse al mismo tiempo en una de las imprentas de la capital; el señor Lu-

na se consagró á la enseñanza primaria; el doctor Uribe, á ejercer su profesion de médico; y el capitán Olivera entró á servir en un café como mozo de sala. Fué por ese tiempo que ARBOLEDA publicó en *La Revista de Lima*, una série de cartas dirigidas al jeneral Echenique, presidente entónces de la República Peruana en que, ocultando su nombre bajo el seudónimo de ELDRPEITO, exponia las causas de los males que aquejaban á las repúblicas Sud americanas, y la marcha que en su concepto deberian seguir los gobiernos para remediarlos.

Un año haria que nuestro poeta residia en la capital del Perú, cuándo decidió pasar á los Estados Unidos; venciendo no pocas dificultades logró atravesar el istmo de Panamá sin ser descubierto, y se dirigió á Nueva-York, donde permaneció hasta fines de 1853.

Operábase entre tanto en la Nueva Granada una reaccion completa en las ideas, favorable á los conservadores; multitud de jóvenes inteligentes que, seducidos por el aliciente májico que encierran en si las palabras libertad, derechos, tiranía, etc. se afiliaron en los llamados *Clubs democráticos*, llegaron á comprender que no eran otra cosa que los instrumentos de que se valian los factores del sin número de iniquidades (que se cometieran en la Nueva Granada, durante la ominosa dominacion del jeneral López; los actos de este y del partido que lo elevara al poder, fueron analizados detenidamente por ellos, así como las consecuencias desastrosas que forzosamente habrian de recaer sobre el pais, y entónces, apoderándose de sus corazones todo el horror que los hechos perpetrados durante esos tres años de luto y desolacion debian inspirar, á todo aquel que sintiera latir su corazon al contacto de cualquiera idea noble, jenerosa y elevada,

rompieron los lazos que les unían al partido radical, y formaron un tercer partido que denominaron *gólgota* y que, mas tarde se disolvió, plegándose la mayor parte de los que lo componían al partido conservador.

Llegó el 7 de marzo de 1853, y como lo predijera ARBOLEDA, resultó electo el jeneral Obando para Presidente de la República; poco tiempo habia trascurrido desde su eleccion, cuándo ansioso de recobrar la popularidad que veia escapársele diariamente de las manos (11), se presentó Obando al Congreso manifestando que, la Constitucion que rejia en la República adolecia de vários defectos, entre los que no era el ménos digno de correjirse, la facilidad con que el Presidente de la República podia convertirse en un dictador absoluto, á consecuencia de los omnímodos poderes que la Constitucion le otorgaba; con ese motivo, pidió que la Constitucion fuéramos reformada de manera que, el peligro que señalaba á la consideracion de los lejisladores, no pudiese llegar jamás á ser una realidad.

Los *gólgotas* apoyaron la medida reclamada por el jeneral Obando, á quien ensalzaron hasta la exajeracion, creyendo que sus palabras eran la espresion sincera de sus sentimientos, y al mismo tiempo abogaron por la separacion de la Iglesia del Estado, y porque el sufragio electo-

(11) Las causas que mas contribuyeron á desprestijiar al jeneral Obando, entre sus mas exaltados partidarios, fueron: la defren- cia con que tratara á los miembros de los *Clubs parroquiales*, que llevaron á cabo los escandalosos atropellos que se cometieron en Bogotá, en los meses de mayo y junio de 1853, en el salon de sesiones del Congreso Nacional, con motivo de la sancion dada por el Cuerpo Lejislativo á la reforma de la Constitucion, propuesta por Obando, y el haberse hecho públicas sus intrigas para ocupar la Presidencia de la República; estas últimas hicieron nacer la mayor animosidad entre Obando y el jeneral López, que probablemente, ambicionaba continuar ocupando el solio presidencial.

ral fuese directo y secreto. El grandioso pensamiento de « la Iglesia libre dentro del Estado libre » y la reforma de la Constitucion y de la Ley de elecciones, fueron bien pronto una realidad, y el pueblo entónces, con garantías y libertad (que ántes no tuviera), para elegir los candidatos que le fueran mas simpáticos, nombró Senador á ARBOLEDA en las primeras elecciones que se celebraron.

La familia de ARBOLEDA habia seguido á este en su destierro, reuniéndosele en Nueva York, donde este recibió la noticia feliz que le abria las puertas de su patria, después de dos años de proscripcion: inmediatamente decidió partir ARBOLEDA, acudiendo al llamado de su patria, aunque para ello tenia que separarse de su madre, su esposa y sus hijos, prendas queridas de su corazon; una vez adoptada esta resolucion, partió de Nueva York el 20 de noviembre de 1853, llegando á Bogotá á fines del mes de enero de 1854.

Tan luego como se reunió el Congreso, el Senado eligió á ARBOLEDA para que lo presidiera. La sociedad de beneficencia, compuesta allí como en Buenos Aires, de las señoras mas respetables de la poblacion, le presentó una medalla de oro, como una débil recompensa de los sufrimientos que padeciera, por su constante anhelo en defender la justicia, el orden y el verdadero progreso de su patria. En una reunion celebrada en Bogotá, por vários Senadores, Diputados y otras personas notables, con objeto de armonizar sus opiniones respecto al candidato mas conveniente para ocupar la Vice-Presidencia de la República, fué adoptada la candidatura de ARBOLEDA casi por unanimidad; pero, inútilmente se trató de hacer que este admitiese el honorífico puesto á que se le queria elevar; sus repetidas protestas de que por ningun estilo

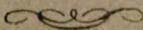
Pero hagamos punto aquí; somos enemigos de entrar en cierto terreno, y los señores suscritores de la *América poética* que continúan honrando la lista de suscripción, comprenderán perfectamente que, únicamente el deber en que estamos de darles cuenta de las causas que han ocasionado el retardo en repartirse el tercer cuaderno de nuestra obra, nos ha obligado á citar los hechos que mencionamos, en descargo nuestro, para que nunca se nos culpe de lo que nosotros no podemos estar mas ajenos, puesto que el retardo que han sufrido en repartirse los cuadernos siguientes á los dos primeros, ha perjudicado gravemente nuestros intereses.

El número de suscritores con que la *América poética* cuenta hoy, es de CUATROCIENTOS TREINTA Y DOS, pero, aunque fuese menor, la publicación ha de tener su debido término, pues de ningún modo podemos ni debemos perder los cuantiosos desembolsos de todo jénero que llevamos ya hechos, para poder emprender una obra tan árdua como ésta.

Esta franca y leal declaración, esperamos que bastará á satisfacer á nuestro favorecedores, á quiénes pedimos disculpa por la demora que ha sufrido este tercer cuaderno en repartirse, y de quiénes siempre queda reconocido.

El Editor.

Buenos Aires, noviembre 13 de 1867.



SEÑORES SUSCRITORES

A LA

AMÉRICA POÉTICA

Suma de las listas publicadas en los dos primeros cuadernos.....	445		
Aguirre Manuel.....	1	Gomez Felipe Santiago.....	1
Alcorta Amancio.....	1	Gomez Oliveira Manuel.....	1
Alem Leandro N.....	1	Gorreta Clemente.....	1
Alvarez Carlos.....	1	Goyena Pedro.....	1
Alvarez Julio J.....	1	Iriarte Antonio.....	1
Belgrano Manuel N.....	1	Lambin Antonio.....	1
Benitez Apolinario.....	1	Lanúz Miguel.....	1
Benitez Marcelino.....	1	Matta Guillermo.....	1
Blanco Anjel Julio.....	1	Maxwell Daniel.....	1
Bourre Juan.....	1	Mendez de Andes Manuel ..	1
Cabral José.....	1	Mezquita Marcelino.....	1
Canard Benjamin.....	1	Monis Encarnacion.....	1
Carvalho Borjes.....	1	Montes de Oca José.....	1
Casares Octavio.....	1	Moreno José María.....	1
Cazon Daniel M.....	1	Nogueras Miguel L.....	1
Club del Plata.....	1	Pallavicini Silvanio.....	1
Colejio Nacional (Biblioteca) ..	1	Perez Millan Blas.....	1
Damianoviche Jorge.....	1	Perez Villarino Santiago.....	1
Del Campo Estanislao.....	1	Rivero Fortunato.....	1
Demaria Cristian.....	1	Saldias Adolfo.....	1
Feraud Emilio.....	1	Salvadores Pedro.....	1
Fernandez José.....	1	Sanchez Matias.....	1
Firmerich Guillermo.....	1	Serna José.....	1
Folguera N.....	1	Shaw José.....	1
French Nestor.....	1	Sioevrel Pedro.....	1
Frias Estanislao.....	1	Sosa Eloisa.....	1
Frias Felix.....	1	Suarez Cipriano.....	1
García Miguel.....	1	Varela Luis F.....	1
Garrido Ramon.....	1	Vazquez Ramon.....	1
Gomensoro Javier.....	1	Vilardebó Jaime.....	1
		Vivar Ramon Diaz de.....	1
		TOTAL.	507

NOTA—En el próximo cuaderno, insertaremos la lista de los señores suscritores borrados.